



**EL
RES
CA
TE**

**CHRISTIAN
MARTINS**

¿COMENZAMOS A JUGAR?

**EL
RESCATE**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN DICIEMBRE 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Incluso las peores catástrofes,
pueden traer consigo algo bueno.

Para mis chicas Martins.

Esta historia ha nacido a raíz de vuestras frases.

Algunas las he tenido que modificar más que otras, pero espero que os sepáis reconocer entre mis letras.

¡Espero no haberme dejado ninguna y haber estado a la altura de vuestras expectativas!

Gracias a todas por estar ahí día tras día.

Os quiero.

1

Miró a través del cristal de la ventana.

El día se había tornado tan gris como sus sentimientos, y eso provocaba que su tristeza se atenuase aún más.

Darren comenzó a meter las prendas en la maleta sin siquiera buscarles un orden apropiado. Poco le importaba el estado en el que llegase la ropa a su siguiente destino, el cual todavía estaba sin decidir. Seguramente terminaría viviendo en un motel o en una pensión de poca monta hasta que Leslie le perdonase. Porque sí, estaba convencido de que tarde o temprano ella le perdonaría y le dejaría volver a casa. Tenía que hacerlo.

Leslie y él estaban hechos el uno para el otro. Cualquiera con dos ojos en la cara habría sido capaz de verlo. Ella había sido el primer amor de Darren, su primera novia, su gran historia. Y las grandes historias tenían grandes finales para contar.

Suspiró hondo, calmando su ansiedad, y metió la última camiseta en una bolsa. En la maleta ya no entraba nada más y Leslie había sido muy clara al decirle que se llevase todo de casa. Todo, absolutamente todo. No quería tener que ver nada que le recordase su existencia. Aunque con esa frase había conseguido asustarle, que Abie estuviera en ese momento con ella en casa le dejaba claro que Leslie aún le amaba. Le había pedido a su hermana que

viniera porque, estando ellos a solas, Leslie habría tenido el tiempo suficiente como para recapacitar y perdonarle.

—¿Te queda mucho? —inquirió Abie, apoyándose contra el marco de la puerta con los brazos en jarras.

Darren la miró de reojo y frunció el ceño de mala gana.

No quería pagar los platos rotos con su cuñada, pero tampoco podía evitar culparla.

—No entiendo qué haces aquí —escupió, dolido—, esto tenemos que arreglarlo Les y yo.

Abie sabía que tenía razón. Estaba totalmente de acuerdo con Darren.

—Lo sé. ¿Pero qué querías que le dijera? Me ha pedido que venga y...

—Pues haberle dicho que no —cortó con irritación, cerrando la maleta antes de bajarla de la cama—. Mira, sé que Leslie lo ha pasado mal pero... La situación no se solucionará hasta que podamos hablar como adultos.

Abie puso los ojos en blanco.

Sí, en algunas cosas estaba de acuerdo con él. Pero en bastantes otras, no.

—Darren, no lo entiendes. Leslie no quiere solucionar las cosas —musitó en voz baja, procurando no sonar demasiado dura—, se ha cansado de esperarte. Has tenido mil ocasiones para hablar con ella y las has desperdiciado todas —continuó con voz suave—. Ahora es mi hermana la que no quiere hablar contigo.

Darren sintió cómo se formaba un nudo apretando en su garganta. Las palabras de Abie traspasaron su piel como un puñal, pero se enjugó el llanto y se repitió a sí mismo que a Leslie se le pasaría el enfado. Ella sabía que sus intenciones siempre habían sido buenas. Le conocía bien.

—Ya se le pasará —aseguró, fingiendo una leve sonrisa.

Abie no supo qué contestar.

Aunque su hermana y Darren siempre habían tenido sus más y sus menos,

esta vez Leslie parecía ir muy en serio. Había pasado demasiadas noches llorando, esperando a que Darren regresase a la cama junto a ella. Pero él siempre había antepuesto su trabajo a cualquier otra cosa y eso los había llevado a distanciarse paulatinamente.

Darren se acercó a ella y sin decir nada, la estrechó entre sus brazos. Abie podía sentir la congoja de su cuñado aunque él intentase disfrazarla de ternura, por lo que el abrazo sin razón aparente no le resultó extraño.

—Es mejor que no hables hoy con ella —le recomendó cuando se separaron.

Pero sabía que él no tomaría en cuenta su consejo.

Darren se dirigió directamente a la entrada. Dejó las bolsas y la maleta en el rellano y después caminó hasta el salón, donde sabía que encontraría a su mujer. La mano le tembló ligeramente cuando tiró del pomo de la puerta hacia fuera. Les estaba allí, llorando. La ansiedad que sentía se acentuó aún más al verla de aquella manera, hecha un ovillo sobre el sofá.

—No hagas esto... —murmuró en voz baja—, podemos hablar... Las cosas no tienen por qué ser así, cariño.

Leslie levantó la cabeza y le miró fijamente. Además de tristeza, su rostro repleto de lágrimas también reflejaba una seguridad imperturbable. Una que Darren nunca antes había visto en ella.

—Vete... lárgate —gimió, evitando mirarle directamente a los ojos.

Darren tragó saliva.

—Cariño, por favor... piensa bien lo que estás haciendo porque...

—No lo entiendes —le cortó, aún procurando evitarle la mirada—, no tienes ni idea. Estoy cansada de vivir esperándote y de que todos mis planes sean una extensión de tu vida, Darren. No quiero seguir así.

—Esta no es la solución —aseguró, apretando los puños con rabia. Sabía que Abie estaría a punto de irrumpir en escena, así que tenía muy pocos

segundos para hacer entrar en razón a su mujer—. Tienes que hablar conmigo. Tienes que escucharme.

Leslie sacudió la cabeza en señal de negación.

—No. Ya no... A partir de ahora mi vida será como yo quiera vivirla, no como tú quieras que lo haga.

—Sólo te estoy pidiendo que...

—No voy a hablar contigo —murmuró, antes de coger el mando de la televisión para encender el aparato.

La voz de la chica del tiempo inundó el salón, evidenciando que la conversación no se alargaría más. Abie también apareció y, con una mirada suplicante, le pidió silenciosamente a Darren que se retirase de la estancia.

Cuando se subió en su coche, la rabia substituyó con rapidez a la congoja. Golpeó con fuerza y con ambos puños el volante mientras un grito rabioso abandonaba sus entrañas. Se quedó varios minutos allí aparcado, frente a su casa, hasta que poco a poco su respiración agitada y sus pulsaciones aceleradas fueron calmándose. Su teléfono móvil comenzó a silbar y rebuscó en la guantera hasta dar con él. Lo había dejado a propósito en el coche, porque sabía que a Leslie le desquiciaba que el aparato estuviera sonando constantemente. Pensó que, a fin de cuentas, podía haberlo llevado consigo porque de nada habían servido sus intentos por apaciguar el enfado de Les.

—Darren —respondió, aún con el tono de voz enfurecido.

—¿Dónde cojones te habías metido? —inquirió Curtis al otro lado de la línea—, te he llamado veinte veces.

—Lo siento, tío. Tenía problemas con Les —se excusó, intentando sonar un poco más amigable—. Ya sabes, un millón de chicas y tuvo que volverme loco la más impertinente y testaruda de todas.

—Ya, pues tendrás que encargarte de su testarudez en otro momento. Nos han informado de un diez catorce en los pabellones de Grishom. La unidad se

está desplazando hacia allí... ¿Cuánto tardas en llegar?

Darren puso en marcha el vehículo, metió la primera marcha y salió disparado antes de responder.

—Cinco minutos. Pídele al sargento que me espere.

Y sin permitirle a su compañero responder, cortó la llamada.

2

Abie se acurrucó junto a su hermana.

Aunque Leslie se había esforzado mucho por no llorar y mantener la compostura, había sido incapaz de contener las lágrimas. Tenía el rostro sonrojado, los ojos hinchados y unas profundas ojeras bajo sus párpados.

—Hoy tampoco ha dormido en casa, ¿verdad?

Leslie contuvo el llanto, antes de negar con la cabeza.

No, como era habitual, Darren tampoco había dormido en casa. Y eso conseguía romperle el corazón en pequeños pedazos.

Había pasado una noche detrás de otra engañándose a sí misma y diciéndose que todo iba bien, pero la ansiedad que le causaba el no saber si su marido volvería a cruzar esa puerta era demasiado intensa como para seguir soportándola.

Al principio Leslie se interesaba por cada noche, por cada caso y por cada hora del trabajo de Darren. Pero poco después decidió que lo mejor era no preguntar al respecto. Secuestros, terrorismo, bombas... Cada día era peor. Las situaciones que su marido estaba obligado a vivir eran horrendas, y no pasaba una sola misión sin jugarse la vida.

Llevaban dos años casados cuando Darren, por primera vez, le pidió un

hijo. Leslie se quedó blanca. Hasta la fecha jamás se había imaginado como madre y no necesitó plantearse demasiado la situación antes de negarse rotundamente. “No es el momento”, dijo. Y Darren sonrió y aceptó la negativa como mejor pudo. Un niño inocente no tenía porqué soportar el sufrimiento al que ella se veía sometida día a día. ¿Qué le diría a su hijo cuando, una noche, la llamasen por teléfono a casa para decirles que Darren jamás volvería? ¿Quién llevaría a ese niño a los partidos de beisbol? No. No traería una vida al mundo para compartir su ansiedad. No era justo. Pero sí pensaba que, en algún momento, Darren dejaría el cuerpo de los SWAT y pasaría a patrullar calles. Pensó, incluso, que en un futuro su marido aceptaría algún insignificante trabajo que conllevara dedicarse al papeleo en la comisaría. Pero las cosas, por desgracia, no fueron como ella deseaba. Darren recibió el tan merecido reconocimiento de su sargento y muy poco tiempo después pasó a ser un teniente de los SWAT. Tenía su equipo y dirigía parte de las misiones que el sargento Jefferson delegaba. Y en ese instante, Leslie supo que esa ansiedad y ese sufrimiento que la carcomían noche tras noche en soledad, serían eternos.

El teléfono de Abie comenzó a sonar.

Leslie intentó borrar esos pensamientos de su mente y concentrarse en la televisión. Observó de reojo a su hermana, que abandonaba el salón para responder en privado la llamada. Escuchó las primeras palabras y supo que la estarían llamando de la clínica veterinaria en la que trabajaba. Sería alguna urgencia, seguramente.

Sintió rabia y celos al mismo tiempo.

Ella no trabajaba. Había estudiado derecho y había finalizado la carrera con muy buenas notas. Incluso había aprobado el examen final con una puntuación lo bastante alta para que cualquier bufete la tomase en cuenta. Pero al casarse, Darren le pidió que abandonase eso por lo que tanto había luchado

y estudiado. No le culpaba de esa decisión porque, a fin de cuentas, fue mutua. Darren trabajaba muchas horas y su horario era complicado. Leslie decidió que, en efecto, lo mejor era no trabajar para que ambos pudieran compartir el máximo tiempo posible. Además, Darren tenía un buen sueldo. Y si ella comenzaba a trabajar en un despacho de abogados, comenzaría por los peldaños más bajos hasta lograr que alguien la tuviera en cuenta. Pero ahora se sentía sola y triste. La casa que con tanto cariño e ilusión habían comprado se había terminado transformando en su propia cárcel. “Pues dile a Abie que venga a comer”, le respondía Darren cuando el tema de su soledad salía a coalición. A él le costaba demasiado entender que la gente tenía su propia vida. Y que la vivían. No como ella estaba haciendo. Si seguía insistiendo, Darren terminaba sacando el tema de los niños a flote. Le decía que si tenían un hijo dejaría de sentirse sola; pero Leslie tenía clara su postura al respecto. No tendría un hijo para compartir penas, angustias, sufrimiento y soledad.

—Joder... —murmuró Abie, entrando de nuevo en el salón—. Dana me ha pedido que le cambie el turno de guardia mañana por la tarde y ya le había prometido a Patrick que iríamos al parque infantil de navidad.

Leslie intentó regresar a la realidad y olvidarse de Darren y de sus discusiones por unos instantes.

—¿Dana?

—Es nueva —explicó Abie, sentándose a su lado—, y no me ha quedado más remedio que decirle que sí. Aún no conoce a todo el personal y...

—¿Y si llevo yo a Patrick al parque? Me vendría bien distraerme un poco.

El parque infantil de navidad, sin duda, era una gran distracción. Cada año habilitaban un pabellón enorme de la ciudad y lo llenaban de juegos infantiles, atracciones, actividades deportivas, puestos de comida y talleres educativos para los más pequeños de la casa. Leslie y Abie habían ido cada

diciembre durante los primeros quince años de sus vidas.

Abie dudó unos instantes, pero al final, una gran sonrisa se iluminó en su rostro.

—Me parece muy buena idea. ¿Te dejo mi disfraz?

Leslie frunció el ceño.

—¿Disfraz?

—Es el día de padres e hijos, Les. Tenéis que ir disfrazados de animales —explicó, sonriendo.

Si algo odiaba su hermana pequeña, eran los disfraces.

—¿De... animales? —inquirió, fingiendo un exagerado espanto.

Abie saltó en carcajadas.

—Y no sirve el de conejita playboy que te pusimos para tu despedida de soltera —indicó, haciendo que por primera vez en todo el día, una pequeña sonrisa brotase en el rostro de Les.

—Está bien, está bien...

3

Darren accionó el freno de mano de su coche aún con un nudo en su estómago. El rostro tan seguro de Leslie le había dado mala espina. La cosa parecía seria. Demasiado seria.

—¡Eh! —gritó Gerhard, golpeando la ventanilla con el puño—. ¡Venga, date prisa!

Darren se desabrochó el cinturón y decidió dejar sus problemas atrás antes de abandonar el resguardo del vehículo. Durante sus años de SWAT había aprendido a extender una línea divisoria entre su trabajo y su vida personal.

—Ponme al día —pidió, mientras el soldado le tendía parte de su uniforme—. ¿Qué ocurre?

Darren caminó junto a Gerhard con paso acelerado. Se colocó el chaleco y el pinganillo sin detenerse un solo instante.

—Tráfico de menores —explicó brevemente Gerhard—. El FBI lleva investigando el caso algún tiempo y siguiendo la pista de varios responsables. Esta mañana uno de nuestros drones ha captado la descarga de un camión de niños tailandeses en este pabellón.

Gerhard guardó silencio.

Habían llegado hasta el puesto de control y le concedía a su sargento la palabra para que continuase con la explicación.

—Joel está en el tejado —dijo, indicando su noreste a modo de

explicación—. Ha captado siete bultos de calor que llevan varias horas sin moverse y que se encuentran reclusos en una habitación de la tercera planta, en la zona sur del edificio. Nuestra misión es rescatarlos sanos y salvos.

—¿Hay movimiento en el pabellón? —inquirió Darren, cuya mente ya se había activado y puesto en marcha.

—Tres hombres armados en la primera planta. Hacen guardias y patrullan las entradas, aunque no hemos detectado ningún patrón. La segunda planta está vacía y en la tercera planta Jota ha detectado otros cinco bultos de calor, en movimiento constante. Suponemos que van armados.

Darren miró a su alrededor; la unidad catorce de los SWAT estaba al completo. Joel, el mejor francotirador, ya estaba en su puesto colocado. Curtis y Gerhard estaban presentes, esperando las órdenes del sargento, y Edna se había posicionado junto a Darren. Gerhard llevaba bastante tiempo en la unidad, pero Curtis todavía era un simple recluta. Necesitaba ganar experiencia antes de pasar a considerarse un buen soldado, así de alguna manera, Gerhard había pasado a ser su responsable en las misiones.

—¿Darren? —inquirió Jefferson—, te escucho.

Por lo general, el sargento siempre le tenía en cuenta antes de actuar.

—Yo dejaría a Edna en la furgoneta vigilando los movimientos de los tangos —explicó con rapidez y continuó hablando antes de que su compañera comenzase a protestar—. Necesitamos a Joel concentrado en las posibles salidas para evitar fugas, pero también precisamos que alguien nos guíe cuando estemos dentro. No sabemos con exactitud cómo de preparados están o qué tipo de armas tienen, así que lo mejor será no arriesgarse. El resto nos dividimos y entramos por tierra, intentando abarcar los dos extremos.

Jefferson guardó silencio, sopesando todo lo que el teniente de su equipo acababa de decir. Cuando estuvo decidido, chasqueó los dedos haciendo entender a todos que, en efecto, el plan se llevaba a cabo y debían ponerse en

marcha.

—Gerhard, tú y yo por el noreste. Curtis y Darren entrarán por la puerta sur.

Todos asintieron simultáneamente.

Edna, a regañadientes, comenzó a alejarse en dirección a la furgoneta. Estaba convencida de que aquello era un castigo por la última misión fallida que se llevó a cabo. Ella y Jota se adentraron en los establecimientos de una célula terrorista y el sujeto a capturar terminó escabulléndose después de un cuerpo a cuerpo con la chica. Era absurdo que se engañara a sí misma o que intentase mentir a los demás; jamás habría podido vencer en esa pelea. El sujeto no solo era más grande y más fuerte que ella, si no también mucho más ágil. Pero a su favor, podía decir que la culpa no sólo había sido suya; Joel debía de haber estado allí para guardarle las espaldas, pero se había quedado retenido en una planta distinta.

Suspiró hondo y pasó al interior.

Encendió los ordenadores y activó el micrófono de su pinganillo. En aquellos instantes, un dron sobrevolaba sus cabezas y podía ver por imagen satélite cómo sus compañeros se preparaban para la acción. La imagen también mostraba el punto del tejado en el que Joel se encontraba situado.

Edna pulsó el pinganillo para hablar. Comenzaba la acción.

—Dos tangos cerca de la entrada sur.

—Recibido —respondió Darren, cuyo corazón ya se había acelerado a mil por hora, como era habitual en cada misión.

La adrenalina que le invadía lo hacía sentirse vivo.

Con un silencioso gesto, Darren le indicó a Curtis que se colocase tras la puerta. Mientras tanto, Edna continuaba contando lo que las imágenes le mostraban.

—Puerta noreste despejada.

—Entramos —respondió Jefferson.

Darren sonrió antes de hablar.

—¡Entramos! —anunció, preparándose para abatir a los enemigos.

El estruendo de su puerta pilló desprevenidos a los dos sujetos cercanos. Darren irrumpió primero, disparando en la cabeza al primero e hiriendo con un movimiento rápido al segundo. Curtis pasó tras él y remató al segundo sujeto mientras su teniente continuaba barriendo la zona y marcando un perímetro de seguridad.

—Tangos abatidos junto a la entrada sur —indicó—. Zona despejada.

—Zona suroeste también despejada —señaló Jefferson, avanzando en dirección a Darren.

—Sujeto aproximándose a las escaleras. Parece que comienza a subir a la segunda planta.

Ambos equipos comenzaron a moverse con sincronización en dirección a las escaleras. El encargado de abatir al sujeto fue el sargento Jefferson, cuyo disparo tan preciso atravesó la nuca del enemigo mientras se encontraba de espaldas. Darren se apresuró a coger el cuerpo y a apartarlo en una esquina para evitar que rodase por las escaleras. Un estruendo podría alertar a los traficantes de la tercera planta.

—Tango abatido en las escaleras —indicó Jefferson, ascendiendo con sigilo y paso acelerado.

—Hay cinco sujetos en la tercera planta —señaló Edna—, la segunda continúa sin movimiento ni cuerpos de calor. Los cinco están repartidos por la planta y se mueven de forma paulatina. Están cerca, así que tened cuidado. Los rehenes continúan inmóviles en la misma habitación.

—Recibido.

El sargento se colocó el primero y ordenó a sus hombres formar filas de ataque. Tendrían que sincronizarse a la perfección si querían que esos niños

regresasen sanos y salvos con sus familias.

—¡Adelante! —gritó Jefferson, pasando al interior.

Como bien había indicado Edna, los tangos estaban repartidos por la zona y muy cerca los unos de los otros. Lo primero que Darren vio fue las AK-47 que llevaban en las manos. Antes de que pudiera sopesar cómo continuar, alguien abrió fuego. Las balas comenzaron a volar por la estancia. Darren disparó a matar, intentando al mismo tiempo guardarle las espaldas a su sargento.

En aquellos instantes, la mente de Darren trabajaba a mil por hora procurando aniquilar a todos sus enemigos en el menor tiempo posible y sin bajas de su equipo.

—¡Tangos abatidos! —gritó, cuando el último de los sujetos cayó al suelo.

Gerhard continuó hasta la habitación en la que se encontraban los rehenes mientras el resto de su equipo volvía a asegurar el perímetro. Al abrir la puerta, se encontró a los niños descalzos y semidesnudos temblando, apiñados los unos contra los otros en una esquina de la estancia. Pudo ver el terror que desprendían sus miradas y se apresuró a guardar la pistola. La empatía no era su punto fuerte, pero procuró dibujar una sonrisa que tranquilizase a los pequeños antes de notificar el estado en el que se encontraban.

—Rehenes a salvo. Sin heridos —dijo por el pinganillo.

—Aquí hay cuatro cuerpos... —indicó Darren a Jefferson—. Alguien se nos ha escapado.

En ese instante, la voz de Edna inundó sus auriculares.

—¡Escalera de incendios! ¡Tango se escapa!

—Jota, prepárate —indicó el sargento, sin perder el tiempo y echando a correr en dirección a la escalera de incendios.

En ese instante, Darren se percató de que Curtis estaba herido. No

parecía una herida grave, pero si lo suficiente importante como para inhabilitarle.

—¡No tengo perspectiva! —indicó Jota, con un tono de voz angustiado—. ¡Edna, dónde está!

—¡Tango por la escalera de incendios norte!

—¡Joder!

Darren apretó el ritmo hasta alcanzar a Jefferson.

Su sargento estaba muy en forma, pero los quince años menos que Darren tenía hacían que la competición entre ellos se tornase ciertamente injusta.

Edna observó la pantalla con irritación. Si no abandonaba el puesto de control, el sujeto terminaría escapándose. Sabía que la prioridad de su unidad era rescatar a los rehenes sin bajas y que la misión había sido completada con éxito, pero no podía permitir que se marchase.

—¡Abandono puesto de control! —exclamó, saliendo de la furgoneta sin perder el tiempo.

Sabía que no llevaba el equipo apropiado.

No tenía puesto el chaleco antibalas ni llevaba la munición correcta para largo alcance. Escuchó que el sargento le ordenaba mantenerse en su puesto y decidió desconectar la voz del auricular para no distraerse. Si cogía al sujeto, Jefferson no le recriminaría su desacato; estaba segura. Su sargento valoraba que los miembros de su equipo tuvieran iniciativa propia para resolver los problemas en las misiones. El traficante de niños no tardó demasiado en aparecer en el campo de visión de Edna. La joven SWAT pegó un grito para captar su atención y se preparó para dispararle en cuanto éste se detuvo.

El resto del equipo escuchó el disparo resonar con fuerza. No había sido la pistola de Edna, porque las suyas llevaban el silenciador. Jefferson se quedó inmóvil esperando que su desobediente subordinada indicase novedades.

—¡Edna! —gritó, impaciente—. ¡¿Novedades?!

El silencio al otro lado del auricular hizo que Curtis sufriera un escalofrío.

—¡Joder! —musitó el muchacho.

—¡Tango abatido! —exclamó unos instantes después la joven.

Todos suspiraron, aliviados.

4

Leslie se apretó la chaqueta y envolvió su propio cuerpo con sus brazos, pero aún así el frío consiguió penetrar en el interior de su anorak.

Caminaba con el móvil aferrado en su mano mientras rezaba porque el nombre de Darren se iluminase en la pantalla. Se había pasado la tarde entera llorando, arrastrándose de una habitación a otra, hasta que al final no había podido soportarlo más. Tenía la sensación de que las paredes de su casa se iban encogiendo hasta aplastarla, así que se había vestido, calzado, y ahora caminaba sin rumbo alrededor del barrio residencial en el que vivían.

Dejar a Darren había sido el paso más duro de su vida y sabía que debía mantenerse fuerte y firme en su decisión. Pero, ¿cómo? ¿Cómo hacerlo si cada célula de su cuerpo deseaba y ansiaba volver a verle? ¿Si, inconscientemente, necesitaba que él llamase para poder dormir tranquila? Había escuchado en las noticias de la televisión el rescate de los niños tailandeses y desde entonces no había logrado concentrarse ni pensar en nada más. No habían dado detalles, únicamente que el FBI había solicitado la intervención de los SWAT y que un agente había resultado herido. La idea de que ese agente pudiera ser Darren la estaba matando en vida.

De pronto, sintió rabia y un odio descontrolado hacia su marido. Sabía perfectamente que para Darren, sus compañeros eran su familia. Y le había

dejado claro en más de una ocasión que ellos eran lo más importante. A fin de cuentas, quería a su familia más que a nada en el mundo y lucharía por ellos hasta el final. Sin importar cómo pudiera sentirse ella. Sin que importase que, poco a poco, fuera enterrándose viva en su propia tumba.

Se secó una lágrima rebelde y apretó el paso. No tenía prisa por volver a casa, pero el frío de la noche caía con rapidez y necesitaba entrar en calor. Volvió a mirar la pantalla del teléfono móvil con impaciencia.

—¡Maldito idiota! —exclamó, desesperada.

Sabía que si ella le llamaba, estaría cediendo, pero...

Darren se acomodó en la silla de la sala de espera.

En la ambulancia ya le habían informado de que la herida de Curtis no era grave, pero aún así había decidido acompañarle al hospital. No tenía a dónde ir y ponerse a buscar moteles por la zona no era algo que realmente le apeteciera.

Deseó con todas sus fuerzas que Leslie le llamase para que regresase a casa, pero dudaba mucho que ese deseo fuera a hacerse realidad. Menos aún, la primera noche que pasaban separados. Resultaba curioso que noche tras noche tuvieran que actuar y que, aquel día, Jefferson los hubiera enviado a casa a descansar. Se imaginó que, de no haber estado enfadados, podrían haber salido a cenar como en los viejos tiempos. Quizás a un italiano o algo así —a Les le encantaba la comida italiana—, y después de terminar una botella de vino hubiesen regresado juntos a casa para hacer el amor. Pero no, claro que no. Estaban enfadados.

Darren no era estúpido; sabía que su mujer tenía parte de razón y que debía de admitir que pasaba demasiado tiempo en la central de operaciones. Quizás, incluso, pasaba más tiempo allí que en su propia casa. ¿Pero acaso era tan difícil comprender que su equipo le necesitaba? No era un mal marido, de

eso estaba seguro. Por mucho que la testaruda de su mujer no lo comprendiera, él no estaba por ahí bebiendo con los amigos o en las camas de otras mujeres. No. Él estaba jugándose la vida por otras personas, intentando construir un mundo mejor para sus futuros hijos —si es que algún día llegaban—. Y esa era otra cuestión de la que Les no quería ni siquiera oír hablar. Hijos. Una palabra que parecía aterrarle.

Darren no terminaba de comprender por qué.

Recordaba que en sus años de noviazgo la palabra “bebé” había estado presente en muchas conversaciones. En tantas que, en más de una ocasión, habían hablado de posibles nombres para su futuro hijo o hija. Y de pronto, de la noche a la mañana, Leslie había decidido que no quería ser madre.

—¿Señor? —murmuró la doctora, acercándose a él—. Su amigo se encuentra bien. Ya lo han sacado del quirófano y todo ha salido sin complicaciones; la bala traspasó el hueso y salió sin dejar ninguna partícula en el interior, así que ahora sólo le queda guardar reposo.

—¿Tardará mucho en recuperarse?

Aunque realmente no conocía muy bien a Curtis, sabía que el recluta necesitaba sentirse útil y ser activo. De alguna manera, le recordaba a los primeros meses de Edna en la unidad.

—Tardará bastante, sí. Necesitará utilizar muletas varios meses y quizás algo de rehabilitación. La bala traspasó el fémur, señor.

—¿Puedo verle?

La mujer asintió, indicándole dónde podía encontrar al agente.

Aunque Curtis aún estaba en boxes, no tenía tan mal aspecto como para parecer un paciente recién salido de quirófano. Le habían operado con anestesia local, así que estaba plenamente consciente.

Sonrió al ver a su colega e intentó incorporarse lentamente en la camilla.

—¿Qué tal? —inquirió Darren, propinándole una pequeña palmada en el

hombro.

—¡Jodidamente bien! —exclamó, señalando la camilla—. ¿Existe algo mejor que ver cómo te clavan un bisturí en la pierna?

Darren no puedo evitar una carcajada.

Si el chaval se lo proponía, podía ser un verdadero salvaje.

—Creí que te vendaban los ojos o algo así...

—Sólo si lo pides —señaló, risueño—, pero ya sabes que yo soy muy morbosos —bromeó—. ¿Qué haces aquí, tío? No hacía falta que te quedases.

—No importa... Quería asegurarme de que estabas bien. Ya sabes, somos como una familia.

Darren alzó la mano y Curtis se la estrechó.

Se sentía contento por formar parte del equipo de los SWAT y por haber dejado sus años de patrullaje atrás.

—¡Lárgate a casa con tu mujer, romántico!

Darren soltó una carcajada, le deseó que se recuperase pronto y abandonó el hospital.

No tenía a dónde ir, así que simplemente se subió en el coche y empezó a conducir como si estuviera patrullando la ciudad. La lluvia comenzó a salpicar la luna delantera y accionó los limpiacristales. Diciembre había llegado con fuerza, instalando el frío y la humedad entre los tejados. Sintió el impulso de regresar a casa y obedeció a su subconsciente sin siquiera plantearse qué iba a hacer o decir una vez llegase allí. Lo único que tenía claro es que necesitaba arreglar las cosas con Les antes de que terminase perdiendo la cabeza. La necesitaba. La necesitaba tanto como el aire que respiraba.

Desde hacía muchos años, Darren arrastraba demasiado peso en la cadena que llevaba arrastras atada a sus pies. Sus demonios lo ahogaban y lo torturaban sin piedad y lo único que él quería y necesitaba era que ella salvase su alma. Que reavivase y encendiese la llama de su corazón. Sabía que los

SWAT eran entrenados para cumplir órdenes, para obedecer, para no replantearse las cosas. Pero las muertes se iban acumulando en una lista en la que hacía mucho tiempo que Darren había dejado de contabilizar. Las imágenes de los rostros ensangrentados eran los fantasmas que le atemorizaban cuando estaba solo, y Leslie no era consciente de lo mucho que él la necesitaba. De lo mucho que la amaba en el fondo de su corazón. Ella no era su familia. Les era su mitad. Una extensión de Darren, una parte de su ser y el latido que hacía que su corazón continuase funcionando. Lo que Leslie no comprendía era que, sin ella a su lado, estaba completamente perdido en el mundo y todo dejaba de tener sentido.

Aparcó el coche frente a su casa y se quedó unos minutos observando la fachada. La lamparita del salón estaba encendida, dejando ver una tenue luz a través de la ventana. Se imaginó que Les estaría viendo la televisión y cenando en la mesa auxiliar. Miró el reloj de su muñeca. No, cenando no. Se había hecho demasiado tarde, así que seguramente ya habría cenado. De pronto, fue consciente de que no tenía ni idea de cuál era la rutina de Les antes de irse a dormir. ¿Se quedaba en el salón viendo la televisión hasta tarde? ¿Leía un libro en la cama? Pasaba tantas noches fuera y dedicaba tanto tiempo a su trabajo que ni siquiera se había interesado por esos detalles que, en el pasado, le habían parecido tan banales.

Debía disculparse con su mujer si pretendía solucionar las cosas.

Darren abandonó el vehículo con lentitud. No tenía ninguna prisa por enfrentarse a ella. Dejó que las gotas de lluvia cayeran sobre su rostro, empapándolo con rapidez. Miró a ambos lados de la carretera y comprobó que el barrio residencial en el que vivían estuviera tranquilo, como siempre. Aunque trabajaba en la ciudad, Darren había tenido claro que su residencia estaría en las afueras. Un policía corría mucho peligro si se quedaba en el centro, y él siempre había tenido claro que no quería regresar a casa vigilando

sus espaldas, por si acaso. Ésa era otra de las razones por las que discutía con Leslie; porque allí, apartados de todo, se sentía sola y aislada. Decía que su vida se había reducido a cotillear con las vecinas y ver cómo jugaban los hijos ajenos. Una vez más, Darren pensaba que esos problemas se solucionarían formando una familia.

Caminó por el jardín mientras pensaba en qué iba a decirle a Les cuando entrase en casa. Cuando llegó a la puerta, Darren se encontraba calado de pies a cabeza, pero poco le importaba.

Como siempre, Les no había cerrado con llave. Tenía la mala costumbre de ser confiada —y despistada— y eso irritaba muchísimo a Darren. Tiró del picaporte y pasó al interior. Pensó en lo sencillo que podría ser entrar y allanar la propiedad para cualquier psicópata y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Tenía que hablar con Leslie para que cerrase con llave y cerrojo la maldita puerta.

—¿Les? —murmuró, acercándose a la puerta del salón.

Tiró de ella temblorosamente y rezó porque su testaruda mujer no le echase a la calle como a un perro.

Cuando abrió, se la encontró mirándole fijamente. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro empapado por el llanto, y eso le rompió el corazón a Darren. Aquellas discusiones absurdas tenían que terminar.

—¡Oh, Les... lo siento! —exclamó, dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, derrotado—, de verdad que lo siento. Siento no haber pensado en ti y...

Ella se levantó.

Tenía el pelo castaño alborotado y vestía un pijama raído que, tiempo atrás, había sido una camiseta de deporte de Darren.

—¡Eres un maldito idiota! —gritó, caminando enfurecida hacia él.

Darren pestañeó, incrédulo, sin imaginar qué era aquello que había hecho

en esos instantes para volver a ser el causante de su ira. Ella se plantó frente a él y comenzó a golpearle el pecho con los puños cerrados. Darren pensó que, de esa manera, estaba muy sexy y divertida. Contuvo la risa para no provocarla más y procuró adquirir un aire serio.

—¿Qué ocurre, Les?

—¿No eres capaz de descolgar el maldito teléfono y hacer una llamada?! —gritó, enfadada—. ¡Joder, Darren! ¡En la televisión han dicho que había un agente herido!

Aunque su rostro expresaba alivio, Darren atisbó la preocupación que debía haber sentido durante las últimas horas y no pudo hacer otra cosa que sentirse culpable. Debía haber llamado, sí, pero...

—Pero me dijiste que no te llamase...

Les se apartó de él y caminó por el salón en círculos, con los brazos en jarras. Esa era la forma que tenía de relajarse cuando su marido lograba desquiciarla.

—¡También te dije que no quería volver a verte en esta casa y aquí estás! ¡Así que lárgate!

Darren la miró muy fijamente, preguntándose a sí mismo si Les estaría diciéndolo en serio. Pensó, en aquel instante, que lo único que anhelaba era darle un beso que le hiciera entender, recapacitar, que era a él a quien deseaba y amaba.

—Por favor, cálmate... —suplicó con la voz herida.

—¿Qué me has hecho, Darren? —musitó con la voz ronca del llanto—. Desde que apareciste en mi vida pusiste todo mi mundo al revés...

—Les, cálmate... —suplicó de nuevo.

—Yo antes era feliz y..., ahora...

Darren caminó un paso al frente y sujetó a su mujer por ambas manos. La estrechó contra su cuerpo mientras ella se deshacía en un mar de lágrimas y a

él se le rompía el corazón.

—Te juro que a partir de ahora lo haré mejor, Les... Perdóname, por favor —imploró—, deja que me quede contigo... Te juro que quiero ser el motivo por el que cada día sonrías...

Ella alzó la mirada y Darren decidió que, a lo mejor, debía convencerla antes de que pudiera dar una respuesta. Sujetó su rostro entre ambas manos y presionó los labios contra los suyos. Estaban salados y muy húmedos, pero no le desagradó. Al principio Leslie se resistió, pero pocos segundos después su cuerpo se rindió a la pasión.

Le había echado de menos. Darren podía ser un capullo, pero muy en el fondo ella también sabía que estaban hechos el uno para el otro. El deseo encendió la llama en su interior y, sin pensárselo dos veces, empezó a arrancarle la ropa mojada a su marido. Sabía que si Abie hubiera estado ahí, le habría golpeado con una sartén en la cabeza y le habría recriminado su poca fuerza de voluntad. Él siempre había sido su punto débil, su razón de ser. Aunque esa razón de ser la estuviera matando poco a poco...

Sintió el beso caliente y posesivo de Darren y los deseos porque sus manos acariciasen sus senos, sus labios estuvieran en su piel y poder gemir su nombre, la invadieron por completo. Cuando lo desnudó, sonrió. La única parte buena que le veía al equipo de los SWAT era que siempre se mantuviera en forma, aunque Les estaba convencida de que lo amaría aunque se transformase en el típico patrullero rechoncho que se pasaba el día comiendo donuts. Es más, deseaba que aquel día llegase con rapidez para poder dormir tranquila, junto a él.

Darren comenzó a desnudarla y, cuando completó su tarea, la elevó en sus brazos y la llevó hasta el sofá. Pensó que por muchos años de casados que pasasen, las sensaciones que ella le causaba jamás se extinguirían. Si los labios de su mujer le rozaban, su cuerpo comenzaba a temblar al instante. Y

esa sensación tan conocida como desconocida a su vez, le encantaba. Le volvía completamente loco.

—Te amo, Leslie... —murmuró en su oído mientras recorría su suave y delicada piel con ambas manos—. Siempre te he amado...

Y no mentía.

Ésa era la realidad.

Se hundió en ella, dejando que ambos cuerpos se conectasen para formar un mismo ser. Lamió su cuello mientras le decía muy bajito que siempre cuidaría de ella y secó sus lágrimas mientras el deseo ardía en su mirada.

—Siempre, Les... —susurró, sintiendo cómo cada célula de su cuerpo reaccionaba a la unión que ambos formaban—, siempre...

5

Leslie se despertó la primera.

Observó el rostro apaciguado de su marido. Su pecho subía y bajaba levemente, acompasado con una suave y plácida respiración.

No era habitual que Darren durmiera durante tantas horas seguidas, pero supuso que necesitaba una cura de sueño y le permitió descansar un poco más.

Cuando bajó a la planta baja de la casa para preparar el desayuno, se encontró con el teléfono móvil de su marido vibrando enloquecedoramente sobre el sofá del salón. Sintió el impulso de lanzarlo por la ventana, pero se contuvo. Debía dejar que fuera él quien tomase la decisión; era la única manera.

Preparó tostadas y sacó la mermelada de albaricoque que Abie le había dado unos días atrás. Puso la cafetera sobre el fogón y, pensativa, se sentó en la mesa. Sabía que habían alcanzado un punto de no retorno y que tan sólo contaban con dos opciones: tomar una decisión importante o continuar cada cual con su camino en la vida.

Darren apareció en el umbral de la cocina unos minutos después de que la cafetera comenzase a silbar enloquecedoramente. Miró a Leslie con los ojos entornados y repletos de ternura y pasó al interior para tomar asiento junto a

ella.

—Café y tostadas... —murmuró—, mi desayuno favorito. Después de ti.
Les suspiró.

Sabía que aquellas palabras tan sólo eran para suavizar el enfado de los días pasados, pero de poco le iban a servir.

—Darren...

—¿Por qué no desayunamos tranquilos, cariño? Concédeme una tregua, por favor...

Leslie colocó el plato de tostadas frente a ellos y se sentó.

El silencio sepultó la cocina.

—He estado pensando mucho —comenzó ella, incapaz de contenerse más—. Sé que no quieres escucharlo, pero... Has sido tú el que me ha pedido que hablemos. Tú me has suplicado que busquemos una solución.

Darren la miró a los ojos y supo de inmediato que la solución que Les había encontrado no iba a resultar de su agrado. Aún así, guardó silencio para permitirle continuar.

—El otro día Jacob me comentó que estaban buscando a alguien para que trabajase como vigilante de seguridad en la obra —continuó Les, procurando mantener la voz calmada—, me dijo que quizás tú conocieras a alguien.

Darren lo meditó.

No comprendía qué tenía que ver eso con su matrimonio, pero agradeció que la conversación se hubiera desviado.

—Lo preguntaré y te diré algo —aseguró, mordisqueando mientras tanto una de las tostadas.

—No hace falta que lo preguntes —añadió Les, procurando escoger las palabras adecuadas para explicarse—. Quiero que seas tú quien acepte ese trabajo.

Inconscientemente, Darren dejó de masticar.

La tostada se escurrió entre los dedos de su mano y, boquiabierto, miró a su mujer. No podía pedirle que abandonase el cuerpo para coger un triste trabajo como vigilante de seguridad. Debía de estar bromeando.

—No lo dices en serio... —musitó, incapaz de concebir dicha idea.

Leslie asintió con la cabeza de inmediato.

—Lo digo totalmente en serio, Darren. No puedo seguir así..., sin saber si estás vivo o muerto. No sé qué será de ti mañana, si te pegarán un tiro o te apuñalarán por la espalda y...

Guardó silencio, conteniendo el llanto y haciendo una pausa para tranquilizarse. ¿Tan difícil era entender que necesitaba una vida normal?

Él continuaba en silencio, observando fijamente la tostada que había dejado a medias en el plato. Se levantó de la mesa con las piernas temblorosas.

—Sabes que no puedes pedirme eso, Les...

—Darren, no puedo más... No lo entiendes —tartamudeó, con las lágrimas resbalando por su mejilla—. No es cuestión de un enfado o de solucionar una disputa. ¡No estamos discutiendo por quién compra el plan! ¡Estamos hablando de nuestro futuro!

Él sacudió la cabeza rotundamente, dolido.

—No me hagas esto, Les...

—Es la única solución, por eso te lo estoy pidiendo —esperó unos instantes, pero como él no añadía nada, continuó—. Quiero una vida normal y quiero dejar el miedo atrás. Tendremos hijos y...

Darren la escrutó, ojiplático. ¿Le estaba chantajeando?

—No quiero hablar más de esto —sentenció, dirigiéndose a la puerta con paso apresurado. Sentía la necesidad de escapar de su casa.

—Te lo estoy pidiendo. Te estoy suplicando que salves este matrimonio —murmuró, caminando tras él para que pudiera escucharla—. Pero si no estás

dispuesto a sacrificarte por mí al igual que yo lo hice por ti..., entonces..., entonces se acabó. Se acabó, Darren...

No escuchó nada más.

Abandonó su casa con un nudo de ansiedad en el estómago y un sonoro portazo que no fue intencionado. ¿Cómo diablos era capaz de pedirle una cosa así? Sabía que ese trabajo era su vida, que amaba lo que hacía.

Se subió en el coche y respiró hondo procurando relajarse.

Fue consciente, entonces, de que se había dejado el teléfono móvil dentro de casa. Dudó si regresar a por él o no, pero al final decidió arrancar el vehículo y dirigirse a la central. No quería ver a Leslie, al menos durante las próximas horas. Al parecer, ella había meditado mucho sobre la situación y ahora había llegado el turno de que él también la sopesase en profundidad.

Mientras aparcaba el coche, pensó que aquel día necesitaba acción. Algo que le distrajese de sus problemas conyugales.

—¡Darren! —gritó Jefferson nada más verle.

Ni siquiera había alcanzado la entrada del edificio.

—¿Nos vamos?

—Un incendio descontrolado en las fábricas textiles de Hermon —explicó, caminando con paso apresurado hacia el furgón mientras su equipo le seguía por detrás.

—¿Y qué pintamos nosotros en un incendio?

Jefferson carraspeó.

—Hay una veintena de civiles atrapados en un edificio. Otro de ellos ha explotado provocando que varios cimientos del primero se desplomasen. Los bomberos no dan abasto y la policía local y los servicios de urgencias están hasta arriba... Han solicitado nuestra ayuda —concluyó, abriendo la puerta del furgón de par en par—. ¡Así que en marcha!

Darren sonrió.

Necesitaba adrenalina. Necesitaba acción.

6

El pequeño Patrick se arrojó a los brazos de su tía nada más verla, provocando que una sonrisa brotase en los labios de Leslie.

Por muy malo que fuera su día, su sobrino siempre era capaz de hacer que todo mejorase al instante.

Abie llegó tras él, cargada con dos enormes bolsas y con una mueca de disgusto en el semblante.

—¡Vaya mañanita! —exclamó, apretando la mandíbula—. ¿Te puedes creer que el señorito me ha tirado el tazón de cereales en la alfombra de la sala?

Les fue incapaz de no dibujar una mueca de diversión.

—Son cosas de niños... —aseguró, achuchando con fuerza al pequeño entre sus brazos.

—El problema es que este niño en cuestión... —dijo, señalando a su hijo—, ¡es un monstruo!

—¡Un león, mamá! ¡Soy un león! —gritó Patrick, saltando del regazo de su tía para correr a por las bolsas de su madre.

—No, ¡un monstruo!

Las dos hermanas saltaron en carcajadas mientras el niño sacaba los disfraces, uno detrás de otro. Les recordó entonces que debía acudir disfrazada al parque infantil de navidad, lo que no le hacía demasiada gracia.

Aún así, se dijo a sí misma que era el mejor plan para distraerse y que pasar un día con Patrick siempre le venía bien para recargarse de energías positivas.

Abie se encaminó hacia el armario para coger un vaso de agua y no pasó por alto las dos tazas que descansaban en el fregadero. No necesitó sumar dos más dos para comprender por qué su hermana tenía ese aura de preocupación desde primera hora de la mañana

—¿Ha venido a desayunar o ha dormido aquí? —inquirió de sopetón.

Les frunció el ceño.

—¿Cómo...?

—Soy tu hermana, Leslie, a mí no puedes ocultarme nada.

Les suspiró hondo mientras presentía que, de nuevo, sus ojos comenzaban a encharcarse. Abie se apresuró a mandar a su hijo a jugar a otra habitación y le pidió a su hermana que tomase asiento en la mesa.

—Cuéntamelo todo mientras te maquillo para el disfraz—propuso, sacando su estuche de pinturas—, pero ni se te ocurra llorar, que me estropeas el maquillaje—amenazó, esperando suavizar el tema a tratar.

Les ni siquiera sabía por dónde empezar. En realidad, ¿qué iba a decirle? Su relación seguía atascada en el mismo punto y no había avanzado, ni hacia delante, ni hacia atrás. Le explicó brevemente la conversación que habían mantenido durante el desayuno y decidió evitar contar que habían dormido juntos aquella noche. Era lo mejor. Sabía de primera mano qué le diría Abie en caso de enterarse; “que era tonta”, “que debía hacerse de rogar” y que “él sabía que tarde o temprano siempre terminaba perdonándole”. Y tenía razón, claro. Abie siempre tenía razón.

—Les... —comenzó su hermana, adquiriendo ese tono de voz profundo que ponía cuando estaba a punto de decir algo importante—. La vida es aquella que tú escojas tener, sé tú misma y no te debas nada.

—Eso intento —aseguró, tragando saliva.

Le costaba hacerse a la idea de que, si Darren y ella no alcanzaban un punto neutro, todo aquello que había construido en los últimos años se vendría abajo. Pero Abie tenía razón. Debía pensar en el futuro y tomar decisiones, porque allí parada, encerrada entre las cuatro paredes de su casa, no lograría nada en absoluto.

—Hazme caso, por favor —suplicó Abie, mientras propinaba brochazos al rostro de su hermana.

—¿Me estás pintando un Picasso?

Abie soltó una risotada.

—Vas a ser la tigresa más sexy de todo ese parque —sentenció—. ¿Sabes que habrá muchos padres solteros? —bromeó, intentando sonsacarle una sonrisa.

—¡Como si me importaran lo más mínimo! —exclamó, fingiendo espantarse—. No intentes mal influenciarme, que todavía estoy casada...

—¡Ya, ya!

—¡Oye! ¿Y tú qué? ¿Cómo va la cosa con el nuevo jefe?

—¿Con Christopher? —preguntó Abie, pensativa—. La verdad es que mal. Me vuelve loca, y eso que él ni me mira... Pero es que cada vez que le veo o le tengo cerca... No sé, siento que me deja idiotizada.

—¡Vaya, vaya...!

—No te rías —le cortó su hermana, aunque ella también sonreía—. Ese hombre me va a traer problemas, ya verás...

Abie llevaba soltera desde el día que se divorció de Gael, el padre de su hijo. Aunque había tenido mil oportunidades para rehacer su vida con otro hombre, ella siempre se había volcado en cuerpo y alma con su pequeño sin fijarse en nada más. O quizás, todo se reducía a que no había encontrado a la persona correcta. Ésa que sin decir ni hacer nada es capaz de hacer saltar chispas en el circuito neuronal.

Pero desde que Christopher había entrado a trabajar al mando de su relevo en la clínica, estaba más feliz. Más contenta. Les no era tonta; percibía el buen humor que desprendía siempre y la energía con la que acudía al trabajo. Tiempo atrás, dudaba que hubiese aceptado un cambio de horario por hacerle un favor a una compañera si eso conllevaba perderse una tarde de atracciones y juegos con su hijo.

—Aplicate tu propio consejo, Abie... Tienes que permitirte disfrutar la vida.

Las cosas con Gael no fueron sencillas para ella.

Pocos meses después de que Patrick llegase a sus vidas, cuando la felicidad de la pareja era mayor que en ningún otro momento, el mundo se les vino abajo. Al pequeño Patrick le diagnosticaron una clase de autismo bastante importante y ni Abie ni Gael supieron cómo afrontar la enfermedad de su hijo. Las discusiones fueron llegando, una detrás de otra, hasta que alcanzaron un punto en el que no soportaban siquiera mirarse a la cara. Se odiaban. Y aún así, Abie estaba convencida de que las cosas cambiarían y que todo volvería a estabilizarse una vez se acostumbrasen a su nueva vida.

Pero estaba equivocada.

Incluso en aquel instante, a pesar de los años que habían pasado, podía recordar perfectamente el preciso segundo en el que supo que su marido la estaba engañando con otra mujer. El segundo en el que su corazón se rompió. Gael llegó a casa de trabajar muy tarde y, por primera vez en mucho tiempo, Abie atisbó un extraño brillo en su mirada. Era de felicidad. Y supo de inmediato que la causante de dicha felicidad no había sido ella. Ni Patrick.

Poco después se separaron, y en menos de seis meses, Gael ya había rehecho su vida con otra mujer. Para aquel entonces, Patrick ya tenía dos hermanastros a los que prácticamente no veía nunca. Dos hermanastros perfectos, que no habían nacido con taras como su primer hijo. Y una mujer

que había sido capaz de darle una vida de ensueño, claro. Sin médicos, ni diagnósticos, ni pruebas... Sin dolores de cabeza ni sufrimiento.

Lo peor de todo es que el dolor y el sufrimiento que Abie tuvo que soportar no terminaron con un divorcio. Poco después, cuando el desarrollo cognitivo de su pequeño había quedado suspendido en una pausa eterna, unas pruebas cambiaron la vida de madre e hijo. Patrick no era autista. Era sordo. Y aquello significó, para ambos, volver a empezar. Gracias a Dios, o la suerte, en aquel momento de la vida Patrick había alcanzado el mismo nivel de comunicación que el resto de los niños de su edad y había logrado adaptarse a la sociedad gracias a los audífonos que siempre llevaba consigo, aunque Abie no había conseguido relajarse. Seguía pendiente de él, viviendo en cuerpo y alma para hacerle feliz sin permitirse a sí misma un instante de desconexión.

—Me lo aplico, pero te puedo asegurar que ese hombre no tiene ningún interés en mí —garantizó con convicción—. Venga, levántate y vete a mirarte a un espejo, tigresa. ¡Corre!

7

Las llamas se comían el edificio.

Los bomberos trabajaban dejándose la piel para controlar el incendio, pero el fuego parecía extenderse por todas partes haciendo caso omiso a sus esfuerzos. El edificio que había explotado había provocado un temblor y una onda expansiva capaz de desmoronar los bloques vecinos.

A la brigada de los SWAT le interesaba uno en particular. Las patrullas locales no daban abasto con los avisos de los comercios cercanos y el fuego se extinguía sin control mientras las unidades vecinas de bomberos acudían a prestar su ayuda y sus servicios. Todos los canales de televisión y radio se hacían eco de la noticia y rezaban porque el incendio fuera controlado lo antes posibles. Mientras tanto, una veintena de oficinistas rezaba en silencio mientras el fuego iba ascendiendo planta tras planta, amenazando con darles caza.

Jefferson se acercó hasta el jefe de bomberos para que le pusiera al día de la situación. Rápidamente, le explicó que los civiles estaban próximos a la planta más cercana a la azotea y que el acceso hasta ellos había quedado anulado por los derrumbamientos. Joel, Edna, Gerhard y Darren prestaban atención a cada palabra mientras inspeccionaban visualmente la zona. El jefe

de bomberos continuó explicando que estaban esperando a que la ayuda aérea llegase, pero que no sabían cuánto tiempo podría aguantar en pie la edificación.

—Tenemos que actuar antes de que sea tarde —aseguró Joel, que durante la conversación había ido trazando un plan. Continuó hablando sin esperar a escuchar el resto—. Los edificios están conectados. He subido a demasiados como para saber que esas azoteas deben de unirse en algún punto, por la parte sur que no queda en nuestro campo de visión en estos momentos.

—¿Tenemos planos de los edificios?

Edna sacudió la cabeza.

—No están disponibles, sargento. No tenemos tiempo para solicitarlos. Jefferson sopesó todo lo que sus hombres decían.

—¿Teniente? —inquirió, esperando escuchar alguna idea de Darren.

—Creo que Jota tiene razón. Sin apoyo aéreo y sin acceso, sólo nos queda llegar a ellos por el edificio vecino.

—Pues pongámonos en marcha —murmuró, justo en el instante en el que una segunda explosión resonaba en toda la calle.

El sonido retumbó en los oídos de los presentes mientras el suelo se tambaleaba, obligándoles a mantener el equilibrio para no caer.

—Si no nos damos prisa, esto se convertirá en un auténtico infierno —escupió Edna, espantada.

Echaron a correr sin pensárselo dos veces.

Mientras accedían al bloque contiguo, que era un edificio de oficinas que ya había sido evacuado con anterioridad, Jefferson contactó con la central para solicitar un helicóptero. Poco le importaba si se lo prestaban los bomberos, un hospital o un canal de televisión. Si los cimientos comenzaban a desmoronarse, iban a necesitarlo para sacar a aquella gente de allí, así que más les valía mover los hilos necesarios con rapidez.

Joel tomó la delantera. Estaba acostumbrado a ascender y descender de las azoteas con rapidez y agilidad, así que era el más idóneo para abrir camino. Las escaleras de incendios resultaron ser la vía de entrada, en vez de la de escape. Comenzaron a subir con rapidez mientras el humo se iba filtrando entre las paredes. Las llamaradas del exterior eran peligrosas y se hacían camino de forma salvaje y sin control. Edna se dijo a sí misma que aquel asunto no le gustaba lo más mínimo y fue incapaz de no culpar, inconscientemente, a los bomberos por no realizar dicho rescate en condiciones. Pensó que hacía rato que tenían que haber neutralizado el foco de las explosiones y que, si habrían hecho en condiciones su trabajo, ellos no tendrían que estar allí, jugándose la piel innecesariamente por un trabajo que no les correspondía.

Aún así, no dejó de correr escaleras arriba. Si el resto de sus compañeros y su sargento iban a lanzarse al vacío, ella saltaría detrás. De eso estaba segura.

Joel abrió la puerta y salió a la azotea en primer lugar. El aire estaba condensado y las partículas de ceniza flotaban a su alrededor. Una nube ennegrecida se extendía peligrosamente sobre los tejados de Los Ángeles.

—Joder... —musitó, helado.

Era evidente que pasar de un edificio al otro iba a ser una misión muy difícil —si no, imposible—. Los seísmos habían provocado que los cimientos se fueran hundiendo en el terraplén sobre el que el edificio había sido construido y, las llamaradas, iban contribuyendo a que poco a poco se fuese yendo abajo.

El resto de la brigada también salió al exterior. Los rostros de los presentes se descompusieron al instante tras comprobar que la edificación que tenían frente a ellos había dejado de estar a la misma altura de siempre.

—Es un edificio muy antiguo —señaló Edna—, no soportará otro

temblor... Se vendrá abajo en cualquier momento.

Jefferson estuvo de acuerdo con ella.

Debían sacar a los civiles cuanto antes o terminarían aplastados bajo los cimientos. Pulsó el botón del auricular para contactar con la central. La capitana Taylor le respondió al otro lado y le comunicó que, aunque estaban haciendo todo lo posible por conseguirles el helicóptero, la unidad aérea tardaría al menos veinte minutos más en llegar.

—Veinte minutos... —repitió Jefferson en voz alta.

—No tenemos veinte minutos —aseguró Darren, observando cómo la estructura del edificio comenzaba a inclinarse ligeramente hacia la derecha—. Puede que no tengamos ni diez.

—¡Vamos a intentarlo! —gritó Jota, echando a correr en dirección sur.

Aunque los edificios se hubieran separado, la distancia entre ellos podía ser la suficiente como para poder colocar una pasarela o algunos listones. No podían rendirse.

Se acercaron al hueco más estrecho y valoraron las posibilidades que tenían. El acceso era complicado; un salto podía costarles la vida y no disponían de material necesario para preparar una pasarela de ese calibre.

Darren sintió un escalofrío mientras su mente volvía a recordar la discusión que había tenido con Les aquella mañana. ¿Iba a dejar la brigada SWAT? ¿Podría soportar perder aquello? Volvió a mirar el salto al vacío que había quedado entre los dos edificios, sopesando las opciones que tenían.

—Hay veinte civiles ahí atrapados, sargento —instó con nerviosismo—. Nuestro deber es salvar vidas.

No les estaba recordando nada que no supieran, pero Darren tenía una cosa muy clara; si aquella iba a ser su última misión como parte de los SWAT, se la jugaría a todo o nada.

—Joder... —susurró Gerhard, masajeándose las sienes.

Se les tenía que ocurrir algo con rapidez.

Darren lanzó una mirada fugaz hacia los camiones de bomberos que habían aparcados por todo el largo de la calle. Aquel incendio estaba siendo devastador; quizás el más grande de la historia de Los Ángeles. La angustia y la impotencia comenzaba a instalarse en su cuerpo cuando la voz de Leslie volvió a resonar dentro de su subconsciente: “no puedo más, Darren..., quiero una vida normal”. Claro que no estaba dispuesto a dejar los SWAT, pero perder a Les tampoco era una opción posible.

“¡Joder!”, pensó, angustiado. Ella era toda su vida.

Se alejó del bordillo de la azotea. La separación entre ambos edificios era la suficiente como para plantear otras opciones, pero el silencio de sus compañeros demostraba que esas opciones eran inexistentes. Antes de coger carrerilla y prepararse para el salto, volvió a pensar que tenía que hacerlo. Jugársela. No quedaba otra. Escuchó el grito de su sargento y el chillido de Edna de fondo mientras su cuerpo volaba. Bajó la vista un instante y el vacío que quedaba bajo sus pies le estremeció. No llegaba. No iba a llegar al otro lado. Estiró los brazos y, en el último instante, sus dedos se aferraron con fuerza al bordillo de la otra azotea.

—¡Joder! —gritó Jefferson—. ¡Eres un puto capullo!

Escuchó el suspiro de alivio de varios de sus compañeros mientras hacía un esfuerzo descomunal por elevar su cuerpo y dejarse caer en la azotea vecina. Respiró hondo, controlando sus aceleradas pulsaciones. Tenía que calmarse y continuar con la misión.

Cuando se levantó del suelo, se percató de que su sargento estaba comunicándose con alguien por el pinganillo. Quizás con la central o con el jefe de policía local. No podía saberlo porque desde el otro lado no escuchaba nada. Sintió el calor que desprendía el suelo de la azotea y pensó que las llamas debían de haberse extendido prácticamente hasta la última

planta.

—Darren, ¿me recibes?

La voz de Jefferson sonó en su auricular.

—Te recibo, sargento.

—Ya conoces tu misión... ¡Saca a esos civiles de ahí!

A Jefferson le hervía la sangre.

El salto que Darren acababa de dar era totalmente temerario. Una auténtica estupidez y una falta de respeto hacia él. Pero en el fondo, sabía que su acto había sido totalmente necesario y que ahora debía de aprovechar la ventaja que tenían.

Se giró hacia el resto de su equipo.

—Tenemos que buscar la manera de poder cruzar a esas personas hasta aquí. No tenemos mucho tiempo, así que más nos vale ser ingeniosos.

Aquello era lo único que podían hacer mientras su teniente se jugaba la vida allí dentro.

Darren accedió a las escaleras de emergencias.

El oxígeno había sido completamente sustituido por el monóxido de carbono y no pudo evitar un ataque de tos. El humo y los gases inundaban por completo la estancia, haciendo que los ojos se le irritasen y la visión se le empañara. Corrió hacia abajo mientras se tapaba la boca con el cuello de su camiseta. Cuando llegó a su piso, fue consciente de que la salida de emergencias no tardaría demasiado en taponarse por las llamas. Si quería sacar a aquellas personas con vida, debía actuar con rapidez. Calculó que no tendría más de tres o cuatro minutos antes de que el incendio terminase propagándose por la planta en cuestión. Echó a correr por el pasillo derruido; el techo se había desplomado y el sistema de cableado había provocado varios cortos y pequeños incendios. No se detuvo ni siquiera para coger aire hasta que, al fondo, encontró el problema principal. La puerta de acceso a la

sala de reuniones, donde los civiles se habían aislado, estaba bloqueada por escombros.

—Esto se complica... —musitó por debajo de su camiseta—. ¿Cómo va el puto helicóptero?

Volvió la vista hacia atrás y pensó que estaban bien jodidos.

El fuego estaba devorando el edificio con rapidez, así que no perdió el tiempo y comenzó a levantar ladrillos con sus propias manos. Debía de crear un acceso, por pequeño que fuera. Pegó un grito, esperando percibir al otro lado algún indicio de vida. Pero no. No se escuchaba nada. Quizás todos estuvieran muertos y su esfuerzo estuviera siendo en vano. Aunque no podía saberlo, pensó que merecía la pena comprobarlo por sí mismo.

Por el auricular tampoco lograba escuchar nada, así que supuso que había perdido el contacto con su unidad. Rezó porque su sargento lograra encontrar una vía de escape para sacarles de allí.

La sangre corría entre sus dedos, pero no sentía dolor. Levantaba un ladrillo detrás de otro, apartándolos a un lado mientras el temporizador de su reloj continuaba avanzando. Casi no podía respirar. Sentía los primeros síntomas de la intoxicación por el gas; dolor de garganta, un ligero mareo, visión borrosa, tos... Cada bocana de aire significaba abrasarse los pulmones. Quemarse vivo.

—¡Ayuda! ¡Socorro!

Escuchó los gritos al otro lado y sonrió. Los civiles aún estaban vivos.

—¡Vamos a sacarlos de ahí! —gritó, esperanzado.

Antes de quitar el último ladrillo, echó una mirada atrás. El pasillo no tenía buen aspecto y, según el temporizador, había tardado más de siete minutos en destaponar el acceso, así que no sabía cómo se encontrarían las escaleras de incendios.

—¡Dios mío! ¡Gracias a Dios! —exclamó un hombre cuando la imagen

de Darren apareció al otro lado.

—¿Estáis todos bien? —inquirió con nerviosismo.

Tenía poco tiempo.

—¡Sí, estamos todos bien! —le respondió.

El hueco que Darren había creado era lo suficientemente grande para que una persona pasase por él, pero nada más.

—Me llamo Darren y soy policía —gritó, intentando que su voz sonase con la mayor claridad posible—. Estoy aquí para ayudarles, pero necesito que mantengan la calma y obedezcan mis órdenes.

El hombre, que no tendría más de cincuenta años y que vestía con traje y camisa, asintió.

—¡Necesito saber cuántas personas estáis ahí dentro!

—¡Veintitrés! —gritó.

Eran más de las esperadas.

Darren continuó con las órdenes. Les explicó que debían crear una hilera y comenzar a pasar al otro lado, de uno en uno, mientras mantenían la calma. Después, debían subir por las escaleras de emergencia hasta la azotea y allí recibirían las órdenes de sus compañeros.

—¡El resto de la brigada táctica os estará esperando arriba! —gritó, rezando porque sus palabras fueran ciertas.

Esperaba que Jefferson hubiese presionado lo suficiente para conseguir el maldito helicóptero.

En otras circunstancias, Darren hubiera aguardado a que todos los civiles se encontrasen sanos y salvos al otro lado y después hubiera sido él mismo quien los habría guiado hasta la azotea. Pero no tenía tiempo para eso. Eran demasiados y las llamas trepaban con rapidez. Quizás no consiguiera salvar a todos, pero debía de arriesgarse y consideró que aquella era la mejor opción.

Con las manos y los brazos ensangrentados a causa de los cortes, fue

ayudando a todos los presentes a cruzar. Se percató de que algunas personas se encontraban mucho más débiles que otras y procuró priorizar. Aunque los había ido mandando en grupos de cinco personas, el tiempo apremiaba y tomó la decisión de que comenzaran a subir a la azotea según cruzaban al otro lado. No podía perder ni un solo segundo.

Los gritos de uno de los civiles le alertaron del fuego, que ya había llegado a la salida de emergencia de la planta y empezaba a abrirse paso por el pasillo en el que se encontraban.

—¿Cuántos quedáis?

—¡Estoy sola! —respondió una joven, comenzando a salir por el hueco.

Cada segundo podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

8

Leslie observó el resultado.

Debía de confesar que su hermana era una autentica profesional a la hora de maquillar. Bueno, en realidad, todo lo que fuera artístico siempre se le había dado especialmente bien. No como a ella, que más bien era torpe y poco creativa.

—¿Dónde está el pequeño león? —inquirió Abie con un grito.

Patrick apareció al otro lado del pasillo con una sonrisa de oreja a oreja. Al niño, al igual que a su madre, le encantaban los disfraces. Leslie también sonrió al ver lo feliz que se encontraba su pequeño sobrino y pensó que, esos audífonos que llevaba en las orejas, habían cambiado la vida de todos ellos para siempre.

Aún recordaba aquellos horrorosos momentos en los que Patrick no atendía a su nombre. A pesar de los años que habían pasado, Abie todavía se culpaba por no haber detectado la sordera de su hijo antes que los médicos. Aún recordaba cuando le diagnosticaron el autismo y pensaba que, su niño, vivía encerrado en su propio mundo, siempre en el interior de su cuerpo. Daba igual que le hablastes, le llamasen o le intentasen tararear una canción. Él no reproducía la voz de su madre, solamente simples balbuceos sin sentido que no se asemejaban a nada en particular. Y entonces, todo cambió. La primera voz que Patrick escuchó cuando le colocaron los aparatos en las orejas fue la

de su mamá. El niño abrió los ojos como platos y, unos instantes después, sonrió. Era la voz de su madre lo que estaba escuchando, y era preciosa. Aún sentado en la camilla de la consulta, levantó la mano y acarició la mejilla de Abie. No sabía hablar, pero no necesitó decir nada para que ambos se entendiesen a la perfección. Los ojos de ella se inundaron de lágrimas mientras él, simplemente, sonreía encantado.

Su hijo no era autista, y eso fue algo que le costó muchísimo procesar.

Los médicos le explicaron que, al no escuchar ningún sonido del exterior, Patrick se había aislado en su propio mundo. Era normal, dijeron, ya que el desarrollo cognitivo se ralentizaba muchísimo. Entonces Abie se sintió la peor madre del mundo. ¿Cómo no había sido capaz de proteger a su hijo? ¿De entenderle? ¿De ver qué era lo que le estaba sucediendo?

Y allí estaban ahora. Patrick era un niño normal y, con ayuda de esa milagrosa tecnología, había dejado atrás cualquier limitación.

—Sois el león y la tigresa más guapos de todo el planeta —aseguró Abie, sonriente, mientras rebuscaba en su bolso hasta dar con el teléfono móvil—, ¡venga! ¡Juntaros!

Les aupó en brazos a su sobrino y, con la mano que tenía libre, fingió que sacaba unas garras. Ambos mostraron sus dientes, simulando un gruñido animal, hasta que el flash se disparó indicándoles que el instante ya había quedado capturado para siempre.

Había llegado la hora de pasarlo en grande.

Abie se separó de ellos, deseándoles que disfrutasen de la tarde y exigiéndoles que sacasen muchísimas fotos. Se quedó observando fijamente cómo su hijo y su hermana se metían en el coche y se encaminaban hacia el parque infantil. Una tierna sonrisa brotó en su rostro y, por primera vez quizás en toda su existencia, tuvo la sensación de que su vida era tal y como tenía que

ser. Era un sentimiento muy extraño; percibía que cada decisión, situación y error habían sido necesarios para que, en aquel entonces, su hermana y su hijo fueran disfrazados de tigresa y león a un parque. Algo así de simple y de estúpido; pero hermoso. Todo había sido necesario para que Patrick existiera; incluso haberse enamorado de Gael resultaba una bendición visto desde aquella perspectiva. Y aunque ella no fue consciente, la sonrisa perduró en su rostro hasta mucho después de aparcar el coche frente a la clínica veterinaria.

Leslie no paraba de reírse.

Las ocurrencias de Patrick podían pasar de un extremo a otro en un simple pestañeo. Algunas veces, cuando pasaba mucho tiempo separada de él, olvidaba lo inocente y parlanchín —ambas por partes iguales— que podía llegar a ser su sobrino.

No les costó demasiado aparcar.

Aunque la lluvia les había concedido un pequeño descanso, el cielo estaba encapotado por nubarrones grisáceos que amenazaban con descargarse sobre sus cabezas. Leslie decidió coger el paraguas antes de abandonar el coche y ambos se dirigieron a la cola de entrada. El pabellón era enorme, ¡gigantesco! Y la cola que había para acceder al interior parecía aún mayor.

Les agarró al pequeño por la mano y con la otra sacó las entradas. Era una suerte que Abie siempre resultase ser tan previsora y que las hubiese adquirido con antelación por internet, ya que la cola para comprarlas era igual —o peor— que la de acceso al recinto.

Las personas —o mejor dicho, los animales— se amontonaban por los alrededores del lugar. El ambiente que se respiraba era jovial y risueño, totalmente contagioso. Tanto que, al poco de situarse en la hilera, Patrick ya se había hecho amigo de otro niño y jugaba con él riéndose a pleno pulmón. Su nuevo amigo iba disfrazado de tiburón y su mamá iba de jirafa. Todos los disfraces eran originales y parecían muy elaborados, así que se alegró de no

haber asistido al evento vestida con unos simples vaqueros y una camiseta, pues habría sido la única paisana. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre sus cabezas cuando aún faltaban más de treinta personas por delante de ellos. Leslie abrió el paraguas y cubrió a los dos niños con él, quedándose ella ligeramente fuera de la circunferencia resguardada. No le importó. Tan sólo se mojaba la espalda y el buzo de tigresa era tan gordito y peluchón que dudaba que la lluvia fuera a ser capaz de traspasar la tela.

Los carritos con perritos calientes, palomitas, refrescos y chocolate comenzaron a desfilar atendiendo las necesidades de todas aquellas personas que esperaban para entrar. Leslie aprovechó para comprar un paquete de chocolatinas que devoró en menos de cinco minutos. Como no, los precios eran desorbitados; pero en ferias de ese estilo era lo que cabía esperar. La lluvia comenzó a intensificarse cuando su turno se acercaba. El niño tiburón se despidió de Patrick y pasó al interior del recinto. Leslie volvió a agarrar al pequeño de la manita y lo pegó a su cuerpo para protegerle del frío. Justo cuando el trabajador del parque se disponía a cortar sus entradas, un agente de policía irrumpió en escena reclamando su atención.

—¡Oye, dese prisa! —exclamó, irritada.

Aunque no escuchaba de qué estaban hablando, la sonrisa tonta de los dos hombres le hacía intuir que no se trataba de un asunto serio ni de seguridad nacional. Y en efecto, estaba en lo cierto. En aquellos eventos, tanto la seguridad privada como los agentes policiales trabajaban en conjunto para mantener el orden y la paz. Lógicamente, la brigada táctica de los SWAT no solía ser destinada a esas tareas, aunque de vez en cuando sí que prestaban servicio en actos políticos o en visitas de la monarquía.

—¡Tía! —gritó Patrick, emocionado, estirándole del buzo de tigresa—. ¿Lo escuchas?

Leslie prestó atención, pero no atisbó nada fuera de lugar. Escuchaba el

murmullo que creaban las voces al mezclarse, el sonido del motor de un coche azul celeste aparcando muy cerca de ellos y la suave melodía de las atracciones que, aun estando en el interior, lograba filtrarse por el orificio de la puerta de entrada.

—¿El qué?

Patrick sonrió con los ojos muy abiertos, emocionado.

—¡Guau! —exclamó—. ¡Cómo suena!

Leslie prestó más atención, esforzándose, hasta que cayó en la cuenta. Sonrió de forma estúpida e, incapaz de contenerse, abrazó a su sobrino.

—Sí, es maravilloso.

El sonido de la lluvia golpeando el tejado, el suelo y los paraguas.

La minusvalía de Patrick le había llevado a apreciar y percibir millones de veces mejor lo que el resto de la gente pasaba por alto. Algo tan sencillo como el sonido de la lluvia, a él le parecía hermoso. Leslie sonrió aún más y cerró ligeramente los ojos, dejándose llevar. La irritación que había sentido por la falta de profesionalidad del trabajador quedó atrás y se sintió totalmente en paz consigo misma. Dejó que el sonido de las gotas cayendo simultáneamente inundase sus sentidos. Toc, toc, toc. Advirtió lo diferente que sonaba cuando las gotas caían sobre la chapa del coche celeste o sobre el plástico del paraguas. En su totalidad, formaban una melodía envolvente e hipnótica.

—¡Venga, que no tengo todo el día! —gritó el hombre de las entradas.

Les abrió los ojos, regresando a la realidad.

La irritación volvió a aflorar y, de mala gana, le entregó ambas entradas. Mientras el hombre revisaba los tickets, se fijó una vez más en el coche azul celeste. El color no pasaba desapercibido, pero su interior tampoco. Desde ahí, veía que varios adolescentes sin disfraz se encontraban en el interior. Pensó en lo poco apropiado y divertido que debía de ser aquel parque para

críos de dieciséis o diecisiete años e intentó imaginar qué podrían estar haciendo ahí, aparcados. Al parecer esperaban a alguien.

—La mano derecha, por favor.

Leslie obedeció, distraída.

El hombre le colocó la pulsera a ella y después a Patrick.

Mientras ambos pasaban al interior del recinto, los ocupantes del coche celeste comenzaban a impacientarse. Eran cuatro. El mayor de ellos tenía dieciséis años, el menor, catorce. El estilo de vida que llevaba cada uno de ellos era tan diferente como el parecido físico que tenían. Chase era alto, rubio, de ojos azules. Había nacido en el seno de una familia rica y poderosa. Sus padres, ambos, siempre se habían dedicado a la política en cuerpo y alma, dejando a un lado a su hijo. Erwan, en cambio, provenía de una familia obrera y de un barrio de clase media. Había nacido con un dedo menos y justificaba su marginación social a aquel defecto. Ronnie era negro y tenía los ojos tan oscuros como su piel. Su madre se había divorciado de su padre cuando éste último entró a prisión. Tyco vivía con su padre, un ex-militar cuyos traumas de la guerra hacían que cada noche la casa se transformase en un auténtico campo de batalla.

Aunque los cuatro eran muy diferentes, todos tenían una cosa en común.

9

—¿Cómo te llamas? —inquirió Darren, observando la mueca de espanto que la joven dibujaba en su rostro.

No debía tener más de veinte años.

—Me llamo Katy —murmuró ella con un ligero temblor.

Darren tiró del cuerpo de la chica para obligarla a pasar con mayor rapidez. Cuando cruzó al otro lado, ambos se giraron para plantarle cara al pasillo. Las llamas ardían por las paredes, atrapando bajo sus garras todo lo que encontraban a su paso.

Katy empezó a toser salvajemente e hizo un amago de desplomarse, pero Darren la sostuvo entre sus brazos. La chica estaba muy débil debido a la intoxicación por los gases. Prácticamente no quedaba oxígeno y los gases que el propio incendio liberaba provocaban que se auto-alimentase, haciéndolo crecer más y más.

—Vale, Katy —comenzó Darren, nervioso—. No tenemos mucho tiempo, así que tienes que hacer lo que te pida.

Ella movió la cabeza en señal afirmativa. Parecía encontrarse demasiado confusa como para hablar.

—¿Si te suelto, te caerás?

—Creo..., creo que no.

—Bien —continuó él, soltándola—. Vamos a cruzar el pasillo y a subir por las escaleras de emergencia hasta la azotea.

Katy abrió los ojos, asustada.

—Sé que te da miedo, pero es la única manera de salir de aquí —dijo, procurando aclararse las ideas—. Súbete el jersey y tápate la boca y la nariz. Cuando empecemos a correr, aguanta la respiración. Intenta no coger aire hasta que estemos arriba, ¿vale?

Darren no estaba seguro de que pudieran traspasar aquel infierno, pero no perdían nada intentándolo. Era eso o morir abrasados allí, como unas ratas sin escapatoria.

—¡Venga, vamos! —gritó, echando a correr hacia delante.

Mientras movía un pie detrás de otro procurando no detenerse, pensó en Leslie. En que quizás algo de razón sí que tenía. Después de todo, lo más probable era que muriese quemado vivo en aquel edificio. Intentó imaginar cómo habría actuado él si hubiese sido ella la que, día tras día, hubiese arriesgado la vida. Casi con total seguridad, no habría sido capaz de soportarlo. La imagen de Les llorando, desconsolada, en su propio funeral torturó su mente. Rezó porque la pérdida no le resultase demasiado dolorosa. Si el moría, le consolaba la idea de que su mujer siempre tendría a su hermana y a su sobrino para apoyarla. No estaría sola.

Sintió cómo la tela del uniforme comenzaba a adherirse a su piel de forma abrasadora, fundiéndose. El dolor se acentuó más cuando, Katy, detuvo sus pasos y dejó de correr en mitad del incendio. Observó a cámara lenta cómo la joven se desplomaba entre las llamaradas y su mente comenzó a sopesar las posibilidades que tenía. Si dejaba a la chica allí, quizás podría salvar su vida. Si retrocedía para rescatarla, lo más probable es que ambos murieran en aquel pasillo.

Pero el lema de un SWAT siempre era “salvar vidas”. Y si no podía hacerlo, entonces, al menos, debía morir en el intento. Sin perder un segundo más, retrocedió sobre sus propios pasos y aupó a la joven en sus brazos. No debía pesar más de cincuenta kilos, lo que resultaba un alivio. Obligado a caminar con mayor lentitud, comenzó a avanzar mientras los estragos del gas iban haciéndose notar. Las fuerzas comenzaron a disminuir en su cuerpo y, cuando alcanzó las escaleras de emergencia, fue consciente de que casi no podía ni moverse.

—Vamos a lograrlo, Katy... —murmuró mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas ennegrecidas.

Las cenizas flotaban en el aire.

Darren se percató de que el rostro de la joven que llevaba en sus brazos estaba quemado, ligeramente deformado. Pensó que, si conseguía rescatarla con vida, aquel pequeño detalle sería lo de menos.

Levantar las piernas y ascender escalón a escalón resultó una tarea ardua y sinuosa. Sentía cómo el fuego lo engullía mientras él se esforzaba por salir al exterior.

Entonces recordó; “un SWAT entra donde nadie más puede entrar, sale de donde ningún otro saldría, soluciona lo que nadie más es capaz. Un SWAT es mucho más que un soldado. Un SWAT salva vidas”. Se repetía a sí mismo aquello constantemente, una y otra vez. Una y otra vez. “Un SWAT salva vidas”, repetía, mientras los latidos de su corazón se iban apagando progresivamente. “Un SWAT sale de donde nadie saldría...”

Estaba a punto de desfallecerse cuando divisó la puerta. Siete escalones separaban el infierno en el que se encontraba del cielo. Tan sólo quedaba un último esfuerzo.

Darren logró ascender. Abrió la puerta y tomó una bocana de aire, que a pesar de encontrarse también contaminado, resultaba menos nocivo. Tosió

mientras se arrastraba al centro de la azotea, donde dos civiles más esperaban para ser rescatados.

El helicóptero de la CNN flotaba sobre sus cabezas, dejando caer una cuerda en cuyo extremo había un arnés. Dejó a la mujer en el suelo y se acercó hasta los civiles para prestarles ayuda. Se encontraba a muy poco del desfallecimiento, pero sabía que sus manos atarían aquel arnés con mayor rapidez que la de ellos.

—Mantén la calma y sujétate a la cuerda —pidió con la voz resquebrajada.

El hombre asintió con el rostro teñido de pánico.

Darren alzó la mirada y observó que, a bordo del helicóptero, se encontraba Jota. Sonrió al ver a su compañero y después desvió la mirada hacia el civil que estaban rescatando. El helicóptero se movía ligeramente hasta la otra azotea y, en ella, Edna, Gerhard y un pequeño equipo de sanitarios esperaba para recibir y desatar al civil.

El proceso volvió a comenzar.

Tan sólo quedaban él y la joven inconsciente cuando otra explosión, mucho más fuerte que las primeras, retumbó con potencia. El edificio comenzó a tambalearse peligrosamente y el suelo que Darren pisaba comenzó a resquebrajarse en una grieta que evidenciaba lo que estaba por venir. Todo se venía abajo. Sujetó a la joven entre sus brazos y sintió las escasas fuerzas que le quedaban en el cuerpo. Caminó hasta el borde de la azotea, esperando a que la cuerda llegase a ellos, y cuando la tuvo entre sus manos, pegó un grito.

El helicóptero los elevó en el aire en el preciso instante en el que la superficie de la azotea se iba abajo, derruyéndose sobre las plantas altas. Ordenadores, archivadores, estanterías. Todo quedaba reducido a cero en tan sólo unos segundos.

Darren apretó los dientes. No le quedaban fuerzas suficientes para

sostenerse en el aire y sujetar a la chica. Notó que la mano se le iba resbalando de la cuerda, poco a poco. Apretó tanto la mandíbula que el sabor a sangre inundó su paladar.

“Te quiero, Les”. Fue su último pensamiento antes de que, incapaz de soportarlo más, su mano se soltase. Cuando comenzaba a caer al vacío, pensó que había merecido la pena morir por intentarlo.

Al fin y al cabo, era un SWAT.

10

Leslie y Patrick habían decidido recorrerse todo el parque para conocer las atracciones y los juegos. Algunas personas acudían durante varios días para disfrutarlo por completo, pero ellos tan sólo tenían una tarde para aprovecharlo al máximo. Así que, el plan era el siguiente; buscarían las atracciones más divertidas y priorizarían. Era la única manera de lograr subir en “el saltamontes”, en “la noria” o en las “tazas giratorias”. Las colas parecían eternas y había tanta gente en el interior que resultaba agobiante.

—¿No quieres hacer ningún juego? —inquirió Les, fijándose en una carrera de sacos que se estaba organizando muy cerca de donde estaban.

Patrick negó.

—Primero quiero subir a “el saltamontes” —dijo, echando a correr para buscarlo.

Leslie le siguió muy de cerca, sin agobiarle.

Comprendía que aquel entorno le pertenecía y decidió que lo mejor era concederle un poquito de libertad en vez de ser una tía sobreprotectora y pesada.

Caminando por el recinto, se percató de que nadie, absolutamente nadie, iba sin disfrazar. Elefantes, cocodrilos, tiburones, osos panda, lagartijas,

jirafas, hipopótamos... Todos los animales que uno pudiera imaginar estaban presentes. Una sonrisa divertida afloró en sus labios cuando, persiguiendo a Patrick, tropezó con un papá vestido de Silvestre que llevaba a un Piolín en un carricoche.

Justo después de terminar de devorar un perrito caliente, su teléfono móvil comenzó a sonar en el interior de su buzo y se apresuró a buscarlo. Intuía que debía de ser Abie y, en efecto, así era.

—¡Dime! —gritó, por encima del ruido de las voces y de la música.

—¿Qué tal lo están pasando mis animalitos favoritos? —preguntó su hermana, risueña.

—¡Muy bien! —exclamó Les, acelerando el paso para no perder de vista a su revoltoso sobrino—. ¡Ahora vamos a subirnos en “el saltamontes”!

“El saltamontes” era la atracción favorita de Patrick.

Se trataba de un grillo que, en cada pata, tenía una cabina. Cuando la atracción se ponía en marcha, las patas subían y bajaban con rapidez como si el bichejo hubiera echado a caminar. El ritmo de los movimientos se aceleraba y a Patrick le encantaban las sacudidas que pegaba la cabina cuando la atracción estaba a punto de finalizar su función.

—Tened cuidado con esos trastos —pidió Abie, dejando salir a la luz su lado maternal.

—¡Claro, claro...!

—Les... —murmuró, con un tono de voz extraño que su hermana no supo cómo interpretar—, tengo que contarte algo.

En ese instante, la señal de baja batería resonó en el aparato de Leslie.

—Sí, claro, dime... ¿Qué ocurre? —preguntó con voz acelerada, esperando que el teléfono no se apagase antes de tiempo.

—Hoy he tenido una sensación extraña, ¿sabes? —explicó. Hizo una pequeña pausa antes de continuar, sopesando si sonaría demasiado ridícula—.

He sentido que las cosas estaban como tenían que estar. Que Patrick era feliz, que nosotras estábamos unidas... No sé. He tenido la sensación de que ahora sí puedo relajarme y disfrutar.

—¡Vaya...!

Leslie no pudo evitar preguntarse qué mosca le habría picado a su hermana para ponerse tan romántica.

—Creo que Darren y tú deberías hablar y solucionar vuestros problemas, Leslie —añadió—. Sé que te quiere y creo que os merecéis ser felices.

Su hermana guardó silencio mientras, en su interior, su corazón se desbocaba observando a Patrick tropezar y caer al suelo. Estaba a punto de pegar un grito ensordecedor, asustada, cuando el niño se levantó entre carcajadas. Patrick se giró hacia su tía y, con señas, le preguntó si le había visto caer. Parecía orgullosísimo por haberse levantado del suelo por sus propios medios y Leslie fue incapaz de contener una carcajada.

—Bueno, ya veo que os lo estáis pasando muy bien —apuntó Abie, escuchando los ruidos del parque de fondo—. Les, ¿puedo pedirte un favor?

Casi no conseguía escuchar lo que estaba diciendo.

“¿Ha dicho favor?”, se preguntó Leslie con el ceño fruncido.

—¡Claro!

—¿Podrías quedarte con él esta noche? Christopher me ha propuesto que cenemos juntos y...

—¡Claro! ¡Claro! —gritó, emocionada—. ¡Oh, por Dios, Abie! ¡Vete a cenar con él y disfruta! Patrick y yo nos las apañaremos perfectamente sin ti...

Escuchó, una vez más, el pitido que indicaba que el teléfono estaba a punto de apagarse.

—Te llamaré cuando llegemos a casa, me quedo sin batería, Abie...

—Vale, pasar...

Y la llamada terminó cortándose.

Con una sonrisa tonta en la cara y alegrándose infinitamente por su hermana, Les caminó detrás del pequeño hasta un módulo. Se colocó tras él y ambos contemplaron el juego.

“Pesca sostenible y responsable”, rezaba el cartel. La mayoría de los juegos que se habían organizado aquel año tenían algo que ver, directa o indirectamente, con la naturaleza y la fauna animal. El juego consistía en pescar el pececito grande y permitir que los pequeños continuasen nadando. Lógicamente, los pececitos eran de juguete.

Si lo hacías bien y cogías el grande, podías quedarte el juguete.

—¿Quieres jugar? —inquirió Les.

Patrick, emocionado, sacudió la cabeza en señal afirmativa y echó a correr para colocarse en la fila, dejando atrás a su tía.

—¿Lo habéis visto? —inquirió una de las mujeres de la fila—. ¡Dios mío! ¡Dicen que ha sido el peor incendio de Los Ángeles!

Leslie se esforzó por levantar la mirada por encima de las cabezas que tenía delante. Se percató de que la mujer mostraba, en la pantalla de su teléfono móvil, una noticia sobre un incendio devastador que estaba teniendo lugar en esos instantes. La reportera que retrasmecía la noticia decía que el incendio continuaba sin ser controlado y que ya se contaban casi una centena de heridos y dos fallecidos, entre ellos, un agente de la ley.

Leslie volvió a desviar la mirada hacia Patrick, asegurándose de no perderle de vista. Después regresó su atención a la noticia.

—¡Qué barbaridad, pobre gente! —decía otra señora cerca de ella.

Algunos de los presentes se apresuraron a sacar sus teléfonos móviles para llamar a sus familiares y comprobar que se encontrasen bien. Les no sintió la necesidad de hacerlo; sabía que su hermana estaba sana y salva y el incendio estaba lo suficientemente alejado de su zona como para no necesitar preocuparse por ningún conocido o familiar. Dudó, quizás, si debía llamar a

Darren. Pero entonces descartó la idea. Estaba sin batería y, además, ¿qué demonios iba a hacer un SWAT en un incendio?

—¡Eh, tía! —gritó Patrick, agitando la caña de pescar—. ¡Lo he pillado!

Leslie soltó una carcajada.

—¡Eres el mejor!

11

Chase se bajó del coche.

Aún llovía en el exterior, pero el agua era algo que jamás le había disgustado.

Con paso acelerado y una sonrisa anclada en el semblante, comenzó a pasearse alrededor del pabellón mientras inspeccionaba la zona. Durante la espera, habían escuchado en la radio local que un incendio descontrolado estaba requiriendo la ayuda de todas las unidades de la zona. La policía, los bomberos e incluso la gente, se había volcado para apagar las llamas que parecían consumir poco a poco Los Ángeles. Chase sonrió aún más al pensarlo y se dijo a sí mismo que ni planeándolo podía haberles salido mejor.

Sacó el teléfono móvil y llamó a Erwan, que estaba esperando con el resto en el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó éste al descolgar.

—No hay ni una sola patrulla en el exterior.

Erwan tenía puesto el altavoz para que todos pudieran escucharle.

—¿Cómo que no? —inquirió Ronnie—, el año pasado contamos tres coches.

Chase sonrió tanto que estuvo convencido de que al día siguiente tendría

boqueras. Pero, ¡joder! ¿Cómo no iba a sonreír? Desvió la mirada hacia el cielo diciéndose a sí mismo que, quizás, todo se tratase de un plan divino. Parecía que alguien estaba interfiriendo por ellos para ayudarles.

—Pues aquí no hay nadie —aseguró, girando una vez más la esquina de la calle para comprobar la otra salida.

El pabellón contaba con cuatro salidas, así que no había de qué preocuparse.

—Tiene que ser por el incendio del que tanto están hablando —dedujo Tyco—, todos los polis estarán allí para ayudar.

—Bueno, ¿qué más da? Lo importante es que no hay nadie. Tenemos vía libre.

—¡Vuelve al coche! —gritó Ronnie, mientras una sonrisa similar a la de Chase se perfilaba en sus labios—. No hay nadie en la hilera y la venta de entradas se ha cerrado. Ha llegado el momento.

Chase cortó la llamada y, con paso acelerado, se dirigió hacia el vehículo.

Sentía unas intensas cosquillitas recorrer su estómago y dedujo que se trataba de nervios. Pero no eran nervios malos, en absoluto. Era la misma sensación que tenía cuando era pequeño y, la noche antes de navidad, se marchaba a la cama.

Ya estaba empapado de pies a cabeza cuando regresó hasta el coche celeste.

Sus amigos habían comenzado a preparar el material. Las bolsas estaban en el suelo y la ropa continuaba colgada en perchas dentro del maletero, perfectamente preparada para ellos. Comenzaron a desnudarse mientras la lluvia caía sobre sus cabezas, mojando sus cuerpos. Chase estaba tan nervioso que le temblaban las manos mientras se vestía el pantalón militar. Después la camiseta de camuflaje, las botas y, por último, el chaleco antibalas.

—¡No encuentro las putas gafas! —exclamó Tyco, perdiendo los papeles.

Erwan se acercó a él y ambos comenzaron a rebuscar en las bolsas de los asientos traseros.

—¿Están? —quiso saber Ronnie, preocupado.

No podían haberse olvidado las gafas, ¿verdad? Porque sin gafas, no tendría tanta gracia.

—¿Están? —repitió Chase, también impacientándose.

—No lo sé, ¡joder! ¡Las estoy buscando!

Ronnie dejó de abrocharse el cinturón para contribuir con la búsqueda. El maletero era una auténtica pocilga repleta de paquetes de ganchitos vacíos y envoltorios de comida rápida. Asqueado, removi6 todo hasta dar con la maleta beige en la que se encontraban las gafas.

—¡Están aquí, idiotas! —anunci6, retomando la tarea del cintur6n.

Chase se acerc6 para verificarlo y, satisfecho, le propin6 unas palmaditas a su colega.

—Esto es serio —dijo Erwan—, todo tiene que salir bien.

—Saldrá bien —asegur6 Ronnie, colocándose las gafas en la cabeza.

Cada uno se colgó una bolsa en el hombro y, sincronizados, comenzaron a caminar hacia sus destinos. Habían descargado un mapa del pabell6n, así que estaban muy bien organizados y tenían estudiado al detalle cómo proceder.

Chase se detuvo un instante y les llamó.

—Aquí nos separamos. Encended las gafas —dijo, comprobando de uno en uno que sus tres colegas obedecieran—. Ahora hablad por el micro y aseguráros de que todos recibimos la se6al correctamente.

Cada uno pronunci6 una palabra y todos confirmaron que se escuchaba a la perfecci6n a trav6s del pinganillo.

—¿Estáis grabando?

—Sí, claro —murmur6 Ronnie.

—¡Pues vamos allá!

Los cuatro sonrieron a la vez.

Cada uno echó a caminar hasta la puerta que se le había asignado.

Chase llegó el primero a la suya, pues era la más cercana. Se descolgó la bolsa y la dejó en el suelo. Primero sacó la munición y se la posicionó en el cinturón. Después, con cuidado y mimo, sacó el rifle de alta precisión. La emoción provocó que se mordiera el labio con tanta fuerza, que al final se lo cortó. No le importó en absoluto porque el sabor de la sangre le encantaba.

Pasó al interior del recinto y precisó de varios segundos para volver a la realidad. La luz artificial, los juegos, los gritos de los niños, las atracciones moviéndose, la música sonando de fondo. Perfecto. Todo era perfecto.

—¡Joder, sí! —exclamó con euforia.

Un padre se quedó observándole fijamente, preguntándose qué diantres pintaba un militar en el parque de atracciones de navidad. Se dijo a sí mismo que debía de poner una queja, pues le parecía del todo inapropiado que, en presencia de niños, llevaran las armas a la vista.

Chase ni siquiera se percató de que varias miradas se habían fijado en él. Se giró sobre sus talones y sacó el candado de la bolsa. Lo colocó en la cerradura y después introdujo la llave en su bolsillo.

—Enigma está dentro —dijo en voz alta—. Todo en orden. Me dirijo al puesto de control.

—Warrior también está dentro —respondió Erwan—, yo también me dirijo al puesto de control.

Unos segundos después, Titanius y Darking también confirmaron su entrada. Chase llegó el primero y se encontró con los dos hombres de seguridad que vigilaban las cámaras. Uno era negro, como Ronnie. Por lo general, los negros no le caían bien. Ronnie sí, claro. Porque Ronnie era su colega; aunque aquella era una excepción que no iba a repetirse en su vida.

—¿Qué cojones...? —preguntó el vigilante, levantándose de su puesto.
Chase apuntó al hombre negro y disparó.

El hombre grande y fuerte se desplomó sobre el suelo como un muñeco de trapo. Comenzó a reírse enloquecedoramente mientras, el otro vigilante, levantaba las manos en señal de rendición.

—¡Joder, no tienen armas! —gritó por el micro en el instante en el que se percató de que el hombre de seguridad tan sólo portaba un taser.

—¿Qué, qué...? —tartamudeó, justo antes de que Chase le incrustase otra bala en el centro de la frente.

Su risa inundó el habitáculo.

El resto de sus colegas llegaron poco después.

—Ya está despejado —dijo, mientras se aseguraba de que sus gafas estuvieran grabando todo—. Recordad, sólo podemos decir nuestros *nicks*, ¿entendido?

Los tres sacudieron la cabeza afirmativamente.

Tyco, más conocido en las redes por el apodo de Darking, tomó asiento frente a las pantallas que mostraban las cámaras de seguridad. Todo el pabellón quedaba bajo su visión desde allí arriba.

—¿Comenzamos? —preguntó Chase, impaciente.

—Comenzamos —respondió Tyco, acercándose el micrófono a los labios para poder retransmitir todo.

12

—¡Teniente!

Darren abrió los ojos.

Le dolía la cabeza horrores y veía un millar de lucecitas a su alrededor. Intentó agudizar su visión, pero resultaba imposible.

—¿Darren Harris?

—Sí, soy yo... —musitó, intentando adaptarse a la luminosidad del ambiente.

—No se mueva —respondió la misma voz—. Procure relajarse y tomarse las cosas con calma, Darren.

—¿Dónde estoy?

Poco a poco, todo a su alrededor comenzaba a cobrar sentido.

El techo dejó de moverse y el foco de las luces se fue aclarando. Darren intentó desviar la vista hacia el hombre que le hablaba y comprobó que se trata de un doctor de mediana edad con un semblante agradable.

—Está en el hospital —explicó brevemente mientras revisaba el historial médico de Darren—. Sufrió una fuerte caída y lo trasladaron aquí con una conmoción cerebral. Estamos realizándole las pruebas pertinentes para comprobar que todo va bien.

Un pinchazo agudo se instaló en su cerebro y Darren fue incapaz de no gemir de dolor.

—Es normal que le duela —explicó el médico—, se ha dado un buen golpe en la cabeza. Han tenido que darle dieciséis puntos de sutura. Ahora estamos esperando los resultados del TAC.

¿Le habían hecho un TAC? ¿Cuándo?

Darren no era capaz de recordar cuánto tiempo llevaba allí ni cuánto había estado inconsciente. ¿Estaría Leslie preocupada por él? Recordaba superficialmente el incendio, el helicóptero, la cuerda...

—Teniente.

La voz de Edna llamó su atención.

Desvió la mirada hacia la esquina de la habitación. Gerhard y ella sonreían.

—¡La mala hierba nunca muere! —exclamó Gerhard con alegría en el mismo instante en el que el médico abandonaba la habitación.

Darren les devolvió la sonrisa.

—¿Alguien me cuenta qué ha pasado? —suplicó, dolorido.

—Te soltaste de la cuerda cuando ya estabais en nuestra azotea, pero Joel no tuvo tiempo de bajaros. Os distéis un buen porrazo.

—¿Y la chica? —inquirió con el tono de voz preocupado.

—Está bien. Un buen golpe, intoxicación por los gases y varias quemaduras —explicó Edna con una sonrisa—. Le has salvado la vida, que es lo importante.

Darren suspiró aliviado.

Se percató de que Edna y Gerhard aún iban vestidos con el uniforme y se preguntó si continuarían estando de servicio.

—¿El incendio está controlado?

—Aún siguen en ello...

El tono de voz que Gerhard había empleado le hacía ver que todavía faltaba mucho para que los bomberos lo extinguieran por completo.

—El sargento nos ha dicho que debíamos asegurarnos de que estabas bien, ya sabes... Sigue enfadado contigo, pero está contento porque todo haya salido bien —sonrió su compañero—. Tenemos que irnos a la central, pero si necesitas algo...

—Sí —interrumpió Darren—. ¿Podrías dejarme un teléfono móvil? Esta mañana me he dejado el mío en casa.

Edna se apresuró a sacar el suyo y tendérselo. Tras desearle una pronta recuperación, ambos abandonaron la habitación para permitirle a Darren tener un poco de intimidad. Marcó de memoria el teléfono de Les y esperó impaciente. La robótica voz del contestador le comunicó que el móvil de su mujer se encontraba apagado o fuera de cobertura. Cortó la llamada y probó a marcar el teléfono de casa. Los tonos se reprodujeron uno detrás de otro hasta que, finalmente, se extinguieron. Darren volvió a intentarlo con el teléfono móvil y, cuando el contestador saltó por segunda vez, decidió que lo mejor sería dejar un mensaje. Mientras le explicaba brevemente lo que había pasado y dónde estaba, sonreía. Presentía que, después de todo, aquella estúpida conmoción cerebral podía suponer un antes y un después en su matrimonio.

—¡Darren! —gritó Edna, sobresaltada, irrumpiendo en la habitación con la voz histérica—. ¡Necesito mi teléfono! ¡Tenemos que irnos!

No necesitaba ser adivino para saber que sus compañeros habían recibido una nueva alerta de la central.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —inquirió mientras le devolvía el móvil.

—¡Un atentado! —dijo, echando a correr al exterior.

Darren se quedó paralizado.

¡Joder! ¡Un atentado!

Y mientras tanto, él allí estaba, postrado sobre una camilla esperando los

resultados de unas pruebas. Debía confesar que la cabeza le dolía un horror, pero se encontraba lo suficiente bien como para salir de allí y ayudar a sus compañeros.

Estaba a punto de levantarse de la cama cuando Leslie inundó su mente. Le acababa de prometer a su mujer que no volvería a la unidad, que lo dejaba. Se lo acababa de decir hacía menos de un minuto y él ya estaba sopesando si largarse para meterse en otra.

Suspiró hondo, hundiéndose en la camilla y tapándose con la sábana. En cuanto Les escuchase el mensaje, echaría a correr al hospital. ¿Qué iba a decirle si, al llegar, se encontraba una camilla vacía? ¿Cómo iba a decirle que sus promesas eran falsas?

Resignándose, decidió que en aquellos instantes de la vida que lo mejor era priorizar. Echaría de menos los SWAT, sí, pero tendría a su mujer. Podrían formar una familia y, quizás, incluso, podía solicitar un traslado y dedicarse a la burocracia en alguna comisaría.

Hizo un esfuerzo por no pensar en el atentado y centrar su atención en otras cosas de mayor importancia. Por ejemplo, los nombres que ambos habían escogido para sus futuros hijos. De aquello había pasado mucho tiempo, pero aún recordaba algunos. A Les le gustaban Jasper y Melany. Aunque a él no le agradaban demasiado, pensó que estaba más dispuesto a llamar Jasper a su hijo si con eso hacía feliz a su mujer.

13

A Les le dolían horrores los pies y ya estaba agotada.

Le resultaba increíble que tan sólo hubieran pasado dos horas allí metidos, ya que parecía que llevaban caminando un día entero. Bueno, más bien, le parecía a ella. Patrick tenía una energía inagotable y se dedicaba a correr de una esquina a otra con emoción.

Le sorprendió que la cantidad de gente que había en el recinto no disminuyese con el paso de las horas. ¿Cómo diablos aguantaban aquel ritmo?

Se dijo a sí misma que, el próximo año, no se ofrecería voluntaria de ninguna de las maneras.

—¿No quieres hacer un descanso, cariño?

El niño ni siquiera respondió.

Había visto un nuevo juego detrás de la noria y corría ansioso en dirección al stand. Patrick le había explicado brevemente que era una carrera de mayores y pequeños, así que Leslie se arrastraba hasta allí de mala gana. Lo último que le apetecía era corretear en círculos para ganar a otra familia. Pero por la felicidad de Patrick, estaba dispuesta a hacerlo. Revisó su reloj de muñeca y decidió que, antes de las seis, debían marcharse a casa. Además, no tenía batería y Abie se impacientaría si no recibía noticias de ellos.

Se detuvo en uno de los carritos ambulantes para comprar una botella de agua fresca y, después de pagarla, pensó que quizás hubiese necesitado más una bebida energética.

—Disculpen, ¿alguien sabe algo del incendio? —preguntó en la hilera mientras Patrick y ella esperaban su turno para salir a la pista.

Varias personas miraron sus teléfonos móviles.

—Hace un rato que nos hemos quedado sin cobertura —respondió una madre, intentando captar alguna señal—. Nada, no hay línea.

—Lo último que he leído es que el fuego continuaba avanzando sin control —informó otro padre que estaba detrás de ellos.

—¿Y han dicho algo sobre el agente fallecido? ¿Han dicho su nombre?

Sabía que Darren no tomaba parte en los incendios, pero prefería quedarse tranquila y poder disfrutar del día sacándose el asunto de la cabeza.

—No, solamente han dicho que era un hombre de familia. Tenía dos hijos, ¿sabe? ¡Pobre hombre!

Por triste que resultase la noticia, Les suspiró, aliviada.

Un poco más tranquila, continuó esperando en la hilera. Un fotógrafo que pasaba les preguntó si querían sacarse una instantánea y Patrick, que estaba aburrido de esperar, saltó a los brazos de su tía gritando que sí. No le quedó más remedio que fotografiarse y pagar la instantánea a precio de oro. Pensó que, al menos, la imagen era bonita. El maquillaje que Abie le había puesto le encantaba; con esas líneas y bigotes y los labios rojos. Patrick también era un leoncito precioso.

—¿La quieres guardar tú?

El pequeño asintió, emocionado, y se guardó la instantánea en el bolsillo de su buzo naranja.

Un instante después, un pitido ensordecedor inundó los altavoces del parque. La música de las atracciones se detuvo y lo único que quedó de fondo

fueron las voces de los presentes, preguntándose a gritos qué diantres estaría ocurriendo.

—Queridos animales —comenzó a decir una fría voz por los altavoces —, espero que se me escuche alto y claro. Os estoy hablando para avisaros de que los cazadores ya están en el campo, preparados para el ataque. Os recomiendo que seáis astutos y que os busquéis un buen escondite...

—Este juego no salía en el folleto del parque... —señaló una madre, revisando los papeles.

—Cazadores... cuanto más exótico sea el animal al que deis caza, más puntos ganaréis. El cazador que más puntos consiga será el ganador — continuó la voz—. ¿Comenzamos el juego?

Les frunció el ceño, sorprendida.

Aquel juego, en realidad, no parecía demasiado educativo. Podía entender el juego de la pesca sostenible, pero aquello no le parecía, en absoluto, apropiado.

—¿Tía? ¿Tenemos que escondernos? —preguntó Patrick, frotándose las orejas.

—No, tranquilo, nosotros vamos a jugar a este otro juego —dijo Les, señalando la pista de carrera. Suponía que el personal habría establecido una edad mínima para el juego de caza—, ¿te duelen los oídos?

Recordó entonces el pitido que había resonado a través de los altavoces al apagarse la música. Aquellos sonidos tan fuertes solían molestar a Patrick.

Les se agachó, quedando a la altura del pequeño. Movi6 con delicadeza los audífonos esperando que aquel gesto aliviase un poco a su sobrino.

—¿Te sigue doliendo?

Patrick asintió con un leve movimiento de cabeza.

Pensó que quizás debía quitarle los aparatos un rato, pero su turno estaba a punto de llegar y serían los siguientes en saltar a la pista y echar a correr.

—Vale, tranquilo... Vamos a solucionarlo.

Sin pensárselo dos veces, le cedió la posición a la familia que tenía tras ellos y se apartó unos instantes de la hilera. Patrick odiaba no tener puestos sus audífonos porque le hacían sentirse excluido del entorno.

—¿Quién va a ganar? —preguntó Les, distraído al pequeño mientras se los retiraba.

—¡La familia del gato! —gritó Patrick, risueño.

Una vez retirados los aparatos, lo sentó sobre su regazo y decidió esperar unos minutos para volver a colocárselos. La familia cuyo niño iba disfrazado de gato ganaba por goleada a la familia cuyo niño iba disfrazado de pollito.

Y entonces, el papá de la primera familia cayó desplomado al suelo. El estruendo se escuchó por todo el pabellón. Les, impactada, se levantó de un salto dejando a Patrick en el suelo. Estaba a punto de echar a correr en dirección al hombre, pensando que quizás hubiera sufrido un infarto o algo similar y precisase de ayuda, cuando la mancha rojiza de sangre comenzó a teñirle el disfraz que llevaba puesto. El grito sordo de la mujer del susodicho se hizo eco, erizando el vello de todos los presentes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien cerca de Les.

Leslie alzó la mirada y entonces, le vio.

Iba vestido de militar, llevaba unas gafas que le tapaban prácticamente toda la cara y tenía un rifle en sus manos. Sonreía.

—¡Ya tenemos al primer animal abatido por Enigma! —gritó la voz por los altavoces. Les abrió los ojos como platos, pensando que aquello debía de ser una broma—. ¡Siete puntos por el hipopótamo!

—¿Qué ocurre? —gritaba un niño, espantado.

—¡Está muerto, está muerto!

Leslie se quedó paralizada.

La sangre se extendía por la pista, creando un charco alrededor del

cuerpo inerte. La mujer y el pequeño se habían arrodillado, llorando sobre el cadáver del hombre. La otra familia había abandonado la pista y corría en dirección a la salida principal, asustada. Todo el mundo procuraba huir de allí, menos Les, que estaba paralizada por el miedo y la ansiedad.

Por mucho que intentase comprender la situación, no lograba entender qué estaba ocurriendo. ¿Un atentado? ¿Un acto terrorista? Sus piernas estaban bloqueadas y prácticamente no lograba ni coger aire. Parecía que todos los músculos y órganos de su cuerpo se hubieran quedado inmovilizados. Un segundo disparo resonó con fuerza en el pabellón.

—¡El primer animal de Darking! —anunció la voz con felicidad a través de los altavoces—. ¡Felicidades por el loro exótico! ¡Acabas de recibir diez puntos!

La gente corría y gritaba.

Al pasar junto a ella, la empujaban. Un hombre que portaba un bebé en sus brazos la derribó al suelo y, al caer, comprendió que Patrick estaba tan paralizado como ella misma, observándola fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... está ocurriendo...?

Se dio cuenta de que Patrick no llevaba sus audífonos puestos, así que no comprendía nada.

Al pequeño no le gustaba hablar si no escuchaba lo que había a su alrededor. Sí, percibía algún sonido distante, pero no lograba distinguir voces o palabras, y eso hacía que se retrajera en sí mismo.

Les cogió aire y se retiró de un manotazo una lágrima rebelde.

—Es un juego —vocalizó en voz baja, esperando que Patrick pudiera leerle los labios—. ¡Ju, e, go!

El niño, entonces, sonrió y Leslie se esforzó por devolverle el gesto y mantener la calma.

Guardó los audífonos en el bolsillo y volvió a dirigirse hacia su sobrino, mientras la gente corría y gritaba, empujándoles.

—Hay que esconderse. Es, con, der, se —vocalizó, escondiendo su rostro tras las manos para que Patrick pudiera entender lo que le estaba diciendo.

El niño tardó unos instantes, pero al final comprendió lo que su tía le estaba señalando.

Agarró la manita de Les y, sin decir nada más, se unieron a la muchedumbre que corría de un lado a otro, gritando. Pensó que mantener a su sobrino en la ignorancia era lo mejor que podía hacer. Patrick pensaba que todo era parte de un espectáculo, que todo iba bien, y Leslie creyó que, si estaban a punto de dejar aquel mundo atrás, al menos evitaría que su pequeño muriera aterrorizado.

“La puerta”, pensó Les, “tenemos que salir de aquí”.

14

Llevaba una hora en la habitación, esperando, cuando el doctor irrumpió para comunicarle que debían repetir el escáner. Los resultados eran algo confusos y lo mejor en ese tipo de casos era volver a realizar la prueba y asegurarse de que todo marchaba correctamente.

A Darren le pareció bien.

Mientras abandonaban la habitación, se preguntó dónde diablos se habría metido Leslie. Estaba tardando mucho en escuchar su mensaje.

—Oye, doc, ¿ha escuchado algo sobre un atentado? —inquirió, esperando enterarse de algo más.

Si, en efecto, había habido un atentado, suponía que los medios de comunicación ya se habrían hecho eco de la noticia. Quizás tan sólo se trataba de un aviso y, en ese caso, no se retransmitiría nada al exterior para prevenir el caos y el pánico entre la población.

—No, nada de ningún atentado —aseguró el doctor, pensativo—, pero debe de haber algún problema en el parque infantil de navidad —señaló—, aunque no han dicho qué es lo que está pasando.

—¿En el parque infantil de navidad? —repitió Darren, pensativo.

Recordaba que su cuñaba y Patrick solían asistir al evento todos los años.

Pensó que, fuera lo que fuese lo que estaría ocurriendo, no debía de ser nada grave si los medios aún no habían estallado con la noticia.

—Sí, dicen que varios coches patrulla han dejado el incendio para ayudar en el parque. A la gente le parece mal que la policía no se involucre más, ¿sabe? El incendio se está llevando la ciudad por delante y la cifra de muertos y heridos cada vez asciende más—señaló el hombre, procurando no meter la pata ni ser demasiado duro. Sabía que el paciente al que estaba trasladando en silla de ruedas era agente de la ley, así que esperaba no provocarle con el comentario—. Este hospital no se está viendo demasiado afectado por la lejanía, pero los servicios, en general, están saturados. No descarto que dentro de poco se precise también de nuestra colaboración.

Darren suspiró, aliviado.

Suponía que se trataba de un simple protocolo de seguridad, nada preocupante.

Pero que Edna y Gerhard hubieran abandonado el hospital corriendo por un posible atentado no le daba buena espina. Sabía que día sí y día también recibían falsas alarmas, aunque...

—¿Cuánto tiempo llevará hacer la prueba?

—Diez minutos, como mucho —aseguró, aparcando la silla de ruedas junto a una camilla—. Ahora tumbese ahí y mantenga la calma los próximos minutos. Procure no moverse y no hablar a no ser que sea necesario.

—Sí, claro.

Darren obedeció la orden.

El sonido de la máquina poniéndose en marcha sonó con fuerza. La camilla comenzó a moverse, introduciéndose en el interior del tubo. Cerró los ojos para evitar que la luz le cegase y guardó silencio, inmóvil, tal y como el

doctor le había pedido.

Unos instantes después, escuchó varios gritos. La máquina sonaba con mucha fuerza, pero aún así, el barullo de la gente lograba filtrarse en el interior.

—¿Qué está pasando, doctor? —inquirió, un tanto preocupado.

El doctor suspiró antes de pulsar el botón del micrófono para responder.

—Por favor, no se mueva y no hable —suplicó—, volvemos a comenzar la prueba.

Darren empezó a impacientarse.

Podía distinguir fácilmente cuando una voz se timbraba de pánico y ansiedad, y lo que le llegaba de fuera no era nada bueno. En absoluto.

“El atentado”, pensó, espantado. No había sido una falsa alarma.

—Doctor, por favor, ¿puede decirme qué es lo que está pasando?

El hombre, exasperado, volvió a pulsar el botón.

—No lo sé. Y cuantas más veces interrumpa la prueba más tardaremos en saberlo —señaló de mala gana, un tanto cabreado—. Ahora, por favor, guarde silencio y manténgase quieto.

Como parte de los SWAT, Darren había sido entrenado para controlar sus impulsos y mantener la calma. Pero allí metido, con el ruido del tubo y las voces histéricas de fondo, tan sólo sentía ansiedad. Podía notar las pulsaciones de su corazón acelerándose irregularmente y deseó con todas sus fuerzas que los diez minutos que tenía por delante transcurrieran con rapidez.

El asunto debía de ser muy serio si la televisión y los medios de comunicación habían sido capaces de transmitir al exterior semejante pánico. Hizo un esfuerzo por no moverse, aunque en realidad deseaba saltar de la camilla y dirigirse a la central.

“Leslie”, pensó.

¿Dónde diablos se había metido su mujer? ¡Joder!

Quizás, si lograba hablar con ella, consiguiera hacerla comprender que en situaciones tan importantes toda ayuda posible era necesaria. Seguro que le permitiría realizar una última misión antes de despedirse de todo. Un último “adiós” antes de cerrarse a sí mismo la puerta. Darren se preguntó qué podía haber pasado para que la noticia crease tantísimo revuelo. Quizás una bomba, un yihadista inmolado... Pensó, incluso, en el peor de los casos; ¿gas nervioso en el transporte público? Cualquier cosa era posible.

Y mientras, él continuaba allí metido con el jodido “runrún” del tubo perturbándole de fondo.

—Por favor, mantenga la calma y respire hondo... Tiene que relajarse — suplicó el doctor a través del micrófono.

Darren cada vez estaba más nervioso.

Intentó obedecer para evitar que la prueba tuviera que repetirse una vez más y se esforzó por guardar la calma y no perder los papeles. Debía evitar pensar en el atentado. ¿Cómo no había intuido lo grave que era el asunto nada más ver el rostro descompuesto de Edna mientras le pedía el teléfono? Seguro que habían hecho estallar una maldita bomba con gas nervioso. Tenía que ser eso. El ISIS llevaba mucho tiempo amenazando con hacerlo y quizás, ahora, había cumplido su promesa.

—Ya casi estamos...

Darren apretó los puños con rabia.

¿Para qué diablos se precisaba la colaboración de Seguridad Nacional si no eran capaces de prevenir este tipo de situaciones? Debían tomarse más en serio las amenazas, dedicarle más tiempo a cada una de ellas. Sí, sabía que era demasiado trabajo y que el estado les había retirado parte de los recursos pero... ¡Joder! ¡Tenía que salir del maldito tubo cuanto antes y conseguir un teléfono!

—Tiene que relajarse, por favor... Queda muy poco. No me gustaría

tener que volver a empezar.

El corazón le latía a mil por hora.

Podía sentirlo bombeando la sangre en su pecho.

Al final, la maldita máquina liberó un pitido anunciando que la prueba por fin había finalizado.

Aguardó unos instantes hasta que, por fin, la camilla comenzó a moverse, liberándolo de la prisión. No esperó a que el doctor le indicase que podía levantarse. Simplemente, saltó de la camilla y, con la bata medio abierta, abandonó la sala de pruebas. Divisó un grupo de personas que se había aglomerado en el pasillo, justo debajo de un televisor. Eran unas veinte o treinta. Se percató de que la sala de espera estaba vacía y de que todos los presentes se encontraban atentos a la retransmisión televisiva.

Darren caminó con rapidez hasta unirse al grupo y guardó silencio para prestar atención a las palabras de la periodista que estaba en antena. El pabellón en el que se realizaba el evento estaba rodeado de coches policías.

—Joder... —murmuró, percatándose de que se trataba del parque infantil de navidad, tal y como el doctor le había dicho.

Una puta bomba en un lugar así podía ser demoledora. Aquel lugar estaba repleto de niños pequeños.

La presentadora explicó brevemente que la policía de Los Ángeles aún no había dado un comunicado oficial, pero que el recinto estaba cerrado y que los grupos tácticos esperaban el momento adecuado para intervenir. Mientras tanto, más de setecientas personas estaban encerradas en el interior del pabellón esperando a ser rescatadas.

La gente comenzó a gritar, histérica, haciendo que el caos se extendiera por el hospital.

Aquello iba a ser una verdadera masacre si nadie lo impedía.

Comenzó a caminar por el pasillo sin siquiera percatarse de que estaba

descalzo. Pensó en Abie y en Patrick. No, era demasiada casualidad. Habían tenido muchos días para asistir al parque, así que no tenían por qué estar allí en aquel momento. No debía ser pesimista.

Además, cada vez que él y Les discutían Abie acudía a consolar su hermana. Seguramente habrían salido de compras o a pasar el día con Patrick.

¿Y si habían ido los tres? ¿Y si Les estaba allí encerrada?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. La simple idea era demasiado perturbadora como para ser considerada con seriedad.

Se acercó a recepción con paso acelerado mientras las manos le temblaban ligeramente. Quizás se debía al golpe que había recibido en la cabeza o quizás, simplemente, eran los nervios. Necesitaba contactar con Leslie antes de que terminase perdiendo la cabeza del todo.

El puesto estaba vacío. Al lanzar una mirada a su alrededor, comprendió que tanto las enfermeras como el personal administrativo del hospital se encontraban en el interior de un aula, con el rostro pegado a un televisor. Desde lejos, escuchó que el incendio continuaba descontrolado y que, además, los coches patrulla seguían llegando al parque infantil de navidad. El caos continuaba extendiéndose por todas partes.

Se estiró sobre el mostrador y, sin pedir permiso, agarró el teléfono fijo y lo dejó sobre la mesa. Marcó el número de Leslie con el estómago revuelto y unas inmensas ganas de vomitar.

—Por favor, Les... Contéstame... Por favor...

La tan conocida grabación volvió a indicarle que el teléfono móvil de su mujer se encontraba sin batería o fuera de cobertura en aquellos instantes. Colgó el auricular y, aún sabiendo que el esfuerzo sería en balde, volvió a probar suerte una vez más. La desesperación se estaba apoderando de él. Nada. Seguía apagado. Tiró el auricular y echó a correr hasta su habitación.

¿Por qué, justamente aquel día, se había dejado el maldito móvil en casa?

No se sabía el número de su cuñada de memoria, así que lo único que podía hacer era insistir y esperar a que Les encendiese su móvil.

“O ir a buscarla”, pensó, sin dejar de correr.

Comenzó a rebuscar en los armarios y en los cajones intentando dar con el paradero de su ropa, pero no estaba. Agobiado, volvió a dirigirse a la recepción de la planta, mientras más gritos del exterior llegaban hasta él. Sin pararse, desvió la mirada al televisor. Una periodista aseguraba que el FBI había solicitado la colaboración de un negociador para lograr liberar a los rehenes. ¿Un negociador? ¿Era un secuestro?

—¡Eh, hola! —gritó Darren, cuya paciencia menguaba por segundos—. ¿Puede alguien darme mi puta ropa de una vez?

Allí no había nadie y la aguja segundera de los relojes no se detenía. Cada minuto que pasase en ese maldito hospital era importante.

—¡JODER! —gritó, desesperado, lanzando el teléfono que antes había cogido contra una pared.

Una de las enfermeras, alertada por el estallido del teléfono chocando contra la pared, acudió a ver qué era lo que estaba sucediendo en la recepción.

—¿Pero qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco o...?

—Soy policía, necesito salir de aquí ahora mismo —explicó, procurando que su tono de voz no sonase demasiado desagradable.

La enfermera titubeó, sin comprender qué era lo que el paciente le estaba solicitando.

—¡Deme mi maldita ropa y la placa, joder! —gritó, fuera de sí.

A Darren ya se le había agotado la paciencia. Necesitaba salir del hospital cuanto antes.

La enfermera, que parecía un tanto confusa por el comportamiento de Darren, decidió acceder a la petición. Suficientes desgracias estaban

ocurriendo fuera como para discutir con un paciente.

—Tiene que firmar el alta voluntaria... —pidió, entregándole los papeles.

Darren no tenía tiempo para tonterías.

Le arrancó la bolsa con sus pertenencias de las manos y comenzó a vestirse en mitad del pasillo, sin importarle que varias miradas curiosas se estuvieran clavando en él.

¿Por qué Leslie no había cargado el móvil en todo el día? Lo primero que haría una vez estuviera fuera, sería acudir hasta el domicilio de su cuñada. Quizás Abie supiera dónde encontrarla.

—¡DARREN! ¡DARREN!

Se giró hacia el origen de la voz, helado.

Era Abie. Corría por el pasillo con el rostro empapado en lágrimas. Su cara era un reflejo calcado de la angustia y del tormento. Del sufrimiento.

—No... —murmuró él, dejando caer los zapatos de sus manos—. No, Abie, no... —suplicó, incapaz de comprender qué sucedía.

¿Por qué su cuñada estaba en el hospital, buscándole? ¿Por qué estaba sola? ¿Dónde estaba Leslie? ¿Y Patrick?

—Te he llamado mil ve...veces... —tartamudeó, hipando por la congoja, justo en el instante en el que se desplomaba en el suelo de rodillas. Darren también se dejó caer junto a ella, en espera de una explicación—. Al final he llamado a tus compañeros y me han contado lo del incendio, que esta... estabas... estabas aquí.

—¿Dónde está Les? —preguntó, suplicante.

Eso era lo que necesitaba saber. Eso. Nada más. El resto no le interesaba lo más mínimo.

—He... He veni..., venido lo antes que...

—Abie, dime dónde está tu hermana. ¡Dímelo!

Ella alzó la mirada. Sus ojos se clavaron en uno de los televisores del pasillo.

—Está allí, en el parque... Con Patrick.

15

El parque infantil de navidad se había transformado en el escenario de una auténtica masacre. Leslie corría en dirección a la puerta principal con Patrick aupado entre sus brazos cuando comprendió que no habría escapatoria posible para ellos.

Se detuvo en seco cuando observó los cuerpos sin vida apilados frente a la salida. Alzó la mirada y divisó al tirador que, sin piedad, iba aniquilando de uno en uno a todos los que se aproximaban a ella. Volvió a desviar la mirada a la puerta mientras ríos de lágrimas rodaban por sus mejillas. No había salida posible. Estaba cerrada con un enorme candado.

Patrick no escuchaba nada, pero veía la vorágine de pánico que envolvía el entorno. Y su tía Les no paraba de llorar, lo que tampoco era una buena señal.

—Qué... ¿Qué ocurre? —preguntó.

Odiaba no escuchar su voz a través de los audífonos, así que casi siempre evitaba expresarse cuando no los tenía puestos. ¿Por qué su tía Les no le había vuelto a colocar los aparatos?

Leslie intentó no prestar atención a la voz del hombre que hablaba por los altavoces. Aquello era una auténtica locura. Los puntos de los cazadores aumentaban con rapidez y eso tan sólo podía significar una cosa: más muertes.

Comprendió de inmediato que nadie saldría con vida de aquel lugar. No era un secuestro, era un juego. Quien matase más personas, ganaba. Así de simple y macabro. Y así de real. Ella iba a morir y Patrick...

—No... —gimió, comprendiendo lo que significaba.

Patrick no podía morir; tan sólo era un niño.

Ni siquiera comprendía lo que estaba pasando. Ni siquiera había tenido la oportunidad de equivocarse en la vida.

Continuó corriendo, moviendo un pie delante del otro como una autómatas sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. No podía permitir que Patrick muriera, eso era lo único que tenía claro. Aún le quedaban muchas cosas por escuchar y descubrir; todavía tenía que emocionarse con el sonido de un oleaje salvaje, con el graznar de unas gaviotas que sobrevolaban la orilla del mar. Tenía que llevarle al bosque para que escuchase la sinfonía sin contaminar de los pájaros y de los animales.

Clavó los talones, deteniéndose en el acto, cuando una mujer disfrazada de oveja se desplomó frente a ellos.

—¡Oh, Dios santo...! —gimió, aprisionando a Patrick entre sus brazos con toda la fuerza que albergaba.

El niño se revolvió, incómodo.

Les dio media vuelta y echó a correr en otra dirección. Estaban por todas partes y... ¿Por qué no se callaba de una vez el hombre del altavoz?

—¡Enigma, cincuenta y ocho puntos! ¡Vas en cabeza con Titanius pisándote los talones!

Aquellos locos eran unos monstruos. Unos monstruos de carne y hueso.

Divisó un stand que, en algún momento, alguien debía de haber arrollado en plena huida. La muchedumbre lo había arrastrado y pisoteado hasta dejar la mesa rota y la carpa caída. Pensó en pasarlo de largo, pero después se le ocurrió que la lona era lo suficiente gruesa para camuflarlos a los dos. Miró a

su alrededor, intentando atisbar si alguno de los cazadores se encontraba lo suficiente cerca como para observar dónde se estaban escondiendo, pero tan solamente fue capaz de percibir el horror reflejado en los rostros de las familias que corrían sin escapatoria en dirección a una muerte segura.

Levantó la lona y tiró de Patrick para que se arrastrase al interior. Después, echó un último vistazo. Nadie parecía estar prestándoles atención, así que ella también se introdujo dentro.

Cuando miró a su sobrino, se percató de la mueca de espanto que dibujaba su semblante. Un nudo apretó su estómago provocándole arcadas. Quería decirle a Patrick que todo iba a salir bien, quería protegerle y hacerle creer que no pasaba nada pero... ¿Cómo podía mentirle en algo así?

—Tran, qui, lo... —vocalizó sin liberar ningún sonido de su garganta.

Le acarició el cabello mientras el pequeño se deshacía en un mar de lágrimas. Les podía sentir el miedo que tenía su sobrino. Más bien, era pánico. No podía permitir que la ansiedad la paralizase; debía protegerle y cuidarle. Tenía que hacer cualquier cosa para salvarle la vida. Por ahora, allí estaban a salvo. Gracias a la lona no podían ver lo que estaba sucediendo en el exterior y, al menos Patrick, tampoco escuchaba el horror y los gritos de las personas que estaban fuera.

Aquel refugio sería suficiente, al menos por un rato.

16

Darren apretó los puños alrededor del volante.

Abie iba junto a él, lo que no le parecía en absoluto una buena idea. Su cuñada estaba en estado de shock y aunque sospechaba que precisaba de atención médica, no había sido capaz de convencerla para que se quedase en el hospital. Conducía el monovolumen de Abie descalzo, pues ni siquiera había perdido el tiempo en colocarse los zapatos. Lanzó una mirada a su cuñada y se percató de que, de un momento a otro, iba a desmayarse allí mismo. Estaba pálida y el labio inferior, amoratado, le temblaba sin control.

—Voy a sacarles de ahí, Abie. Te lo prometo.

No pensaba dejarles morir. No podía perder a Leslie.

Abie asintió, moviendo la cabeza de forma automática. No parecía muy convencida de las palabras de Darren. En realidad, ni siquiera parecía haberlas escuchado.

El SWAT pisó el acelerador a fondo sin siquiera preocuparse por su conducción temeraria. No le importaba si los semáforos de la ciudad estaban en rojo, en verde o en ámbar. No le importaba si una anciana estaba esperando para cruzar la calle o si, saltándose un STOP, pudiera estar provocando un

accidente. No le importaba nada más que su mujer y su sobrino.

Llegó a los alrededores del pabellón en el que, aquel año, se celebraba el fatídico evento. La zona estaba acordonada por una cinta policial y varios agentes evitaban que la muchedumbre de personas que se aglomeraban alrededor de ella logaran pasar al interior de la zona protegida.

—El paso está... —comenzó uno de los agentes, obligándoles a detenerse.

Sin dejarle continuar, Darren se apresuró a mostrar su placa y, el hombre, asintió.

Condujo con calma y aparcó el coche procurando mantener la compostura. Si el sargento Jefferson atisbaba algún indicio de ansiedad en él no le permitiría participar en la misión de rescate. Atisbó a su equipo junto con el personal del FBI. Darren se apresuró a calzarse, mientras Abie, aún en shock, tenía la mirada perdida en algún punto lejano a ellos.

—Espérame en el coche y no te muevas de aquí.

Ella no respondió.

Se bajó del coche de forma brusca y se dirigió a su sargento. Jefferson lo miró, sorprendido.

—¡Qué demonios...!

Edna, Gerhard e, incluso, Joel, pestañearon con incredulidad.

—Lárgate al hospital ahora mismo, teniente —musitó Jefferson, apartando a su hombre del resto de los presentes para que nadie más pudiera escucharles—, aquí no pintas nada.

Darren sacudió la cabeza.

—Estoy bien —aseguró, apretando los puños en tensión.

—Te has abierto la cabeza en dos como un melón, ¡así que no me digas que estás bien! —escupió Jefferson sin control—. ¡Lárgate! ¡No quiero discutir contigo!

—Mi mujer y mi sobrino están ahí dentro, sargento. No pienso marcharme.

Jefferson, boquiabierto, sacudió la cabeza en señal de negación.

—¡Joder, Darren!

—No voy a marcharme —aseguró con un tono de voz firme y decidido.

Jefferson se llevó las manos a la cabeza con desesperación mientras la capitana Taylor, que había acudido al escenario dada la gravedad del asunto, se encaminaba hacia ellos.

—¿Va todo bien? —inquirió, escrutando a ambos hombres.

Jefferson tardó unos instantes en responder.

—Va todo bien. Darren se une al equipo.

Taylor titubeó.

Sabía que el teniente había sufrido una fuerte caída y que debía estar hospitalizado, pero confiaba en el buen juicio y la profesionalidad del sargento Jefferson.

—Vamos a ponerte al día —dijo Taylor con el tono de voz alicaído—. Tenemos novedades.

El sargento abrió los ojos y Darren no pasó su sorpresa por alto.

—Bueno, esto es lo que acabamos de descubrir —comenzó el director del FBI, gritando por encima del murmullo de voces ajenas para que se le escuchase con claridad—. No se trata de un atentado ni de un secuestro. Se trata de cuatro adolescentes que van armados y que fingen formar parte de un videojuego mientras acribillan a civiles inocentes. Los cuatro chicos han sido identificados.

—¿Cómo...? —comenzó Darren, incapaz de comprender nada de lo que el director estaba explicando.

—Están retransmitiendo en tiempo real la masacre a la red social de Youtube mediante unas gafas de visión con cámaras y conexión incorporada —

explicó con el tono de voz cargado de ansiedad—. Esta información no puede llegar a la prensa. Según la unidad de criminología, estos sujetos son extremadamente peligrosos y lo último que necesitan para crecerse es recibir más visitas en la red por la que retransmiten.

El director guardó silencio, concediéndole la palabra a una mujer alta y delgada que Darren identificó como la responsable de la unidad de investigación criminal.

—Los sujetos son cuatro chicos marginados socialmente que buscan ser alguien importante en las redes sociales. Por diferentes razones, creen que el respeto que no tienen en la vida real lo tienen en la red. Retransmiten esta barbaridad buscando popularidad, fama y hacer historia. Para ellos, este macabro tiroteo es un juego. Un juego que les hará ser inmortales y respetados por el resto de los *gamers*.

—Sus *nicks* en la red son Warrior, Enigma, Titanius y Darking —anunció el director—. Estamos intentando contactar con ellos mediante radio y hacerles entrar en razón, pero el tiempo corre y tenemos prisa. Según las imágenes que retransmiten en directo, por cada minuto que pasamos aquí, charlando, una persona ha muerto ahí adentro.

Darren tuvo la sensación de que se mareaba.

—Pensamos que han utilizado algún dispositivo para neutralizar las señales telefónicas. Según las imágenes que retransmiten, van armados y llevan chalecos antibalas. Todo indica que han adquirido material militar. Están preparados.

—Y dispuestos a morir —puntualizó la criminóloga—. No esperan salir de esto con vida, tan sólo pretenden marcar un antes y un después. Ser recordados.

—¡Capitana! —exclamó Darren con la voz timbrada de pánico, dirigiéndose a Taylor—. No podemos perder más tiempo. Tenemos que

intervenir ahora mismo.

Taylor lanzó una mirada al director de la agencia, esperando a que él tomase la decisión.

—¡Que los equipos SWAT se preparen para entrar! —ordenó—. Esto se va a convertir en un auténtico infierno...

Los presentes se dispersaron con ansiedad.

Cada uno tenía una tarea y una misión que llevar a cabo, así que nadie permaneció de brazos cruzados. Darren se escabulló hasta la furgoneta esperando encontrar allí a Edna, cuya principal función sería guiarles una vez el equipo entrara en el pabellón.

Darren abrió la puerta e, hipnotizado, se quedó observando las pantallas que sus compañeros tenían abiertos.

—Es la retransmisión a Youtube...

—Sí —respondió Edna, aunque dudaba que fuera una pregunta.

Se acercó más y pegó su rostro a las imágenes.

Aquellos salvajes les estaban mostrando al mundo cómo iban acribillando a civiles inocentes sin piedad. Darren sintió una arcada subiendo por su garganta, pero la mantuvo a raya. No sólo debía tener estómago para enfrentarse a la situación sino que, además, tenía que mantener la calma si pretendía sacar a Les y a Patrick de allí.

Se percató en la pantalla pausada de uno de sus compañeros; la imagen había quedado congelada mostrando el cuerpo sin vida de un niño pequeño, tirado en el suelo. Tenía la cara pintada como un perrito, aunque no se podía apreciar su disfraz completo. Estaba muerto. Lo habían matado.

—¿Cuántos muertos hay? —inquirió Darren con un mal presentimiento.

El chico, que debía formar parte del FBI, se encogió de hombros.

Darren no le había visto nunca, así que se esforzó por no utilizar un tono de voz desagradable.

—La cifra ronda unos doscientos...

—¿Tenemos una lista de identificados? —interrumpió, impactado, pensando en la pesadilla real que estaban viviendo.

El chico titubeó.

—Enséñasela —ordenó Edna con voz autoritaria.

Darren sujetó el papel que el muchacho le tendía mientras pensaba que aquello era realmente escalofriante. La lista era mucho más larga de lo que cabía imaginar.

—Aún no he identificado a todos. Solo puedo poner nombre a aquellos que compraron la entrada mediante la web por la relación de datos, ya que el programa de reconocimiento facial no me está siendo de gran ayuda.

¿Leslie había comprado la entrada en internet?

La última discusión que mantuvo con ella estalló en su mente. Una vez más, se habían separado estando enfadados y ahora...

—¿Estás bien? —inquirió Edna.

Darren asintió con un leve movimiento de cabeza, abandonando el interior del centro móvil de operaciones mareado.

17

Patrick lloraba desconsolado.

A Les no era algo que le preocupase demasiado, ya que los gritos de horror y espanto que estaban teniendo lugar en el exterior de la lona camuflaban el sonido del gimoteo del niño. Pero tarde o temprano, aquellos gritos desaparecerían. Y entonces los asesinos escucharían a Patrick y les encontrarían allí.

La gente había comenzado a esconderse. Corrían de un lado a otro y se introducían en los agujeros de montaje de las atracciones. Leslie había atisbado a uno de los cazadores que, divertido, ignoraba a las personas que corrían desesperadamente. Tan sólo quería dar caza a aquellas que significasen un reto.

—Sssh... —suplicó a Patrick.

El pequeño no dejó de llorar.

Estaba asustado. En realidad, sentía auténtico pánico.

Todavía no comprendía muy bien qué era lo que estaba pasando, pero había visto a la gente tirada en el suelo. Y la sangre. Había visto mucha sangre.

Leslie lo envolvió entre sus brazos y lo estrechó con fuerza contra su pecho. Comenzó a acariciar su espalda lentamente, procurando tranquilizarle.

Los gritos del exterior cada vez eran menores, lo que significaba que había más gente muerta.

Las lágrimas comenzaron a derramarse de forma silenciosa por sus mejillas. Se preguntó si Darren estaría allí fuera, con el resto de los SWAT, esperando para entrar en acción.

Pero, ¿a qué esperaban? Si no entraban en aquellos instantes, no encontrarían a nadie con vida. Otro disparo ensordecedor la hizo temblar. Cada vez se escuchaban más distanciados, lo que tampoco significaba nada bueno. Patrick gimoteó entre sus brazos y ella, histérica, volvió a suplicarle que guardara silencio. No podían encontrarles.

Levantó levemente la lona para echar un vistazo. Antes de hacerlo, se aseguró de que Patrick mantuviera la cabeza hundida en su disfraz. Después, escrutó el entorno.

Una chica vestida de ardilla estaba de rodillas en el suelo. Les la miró fijamente, estaba rezando. Por un instante, sus ojos se chocaron con los de ella. Pudo ver el horror y el pánico que reflejaron en tan sólo unos segundos, porque después apartó la mirada y la clavó en él. Uno de los cazadores estaba sobre ella, con el arma apuntando a su cabeza. Les sintió deseos de gritar, pero se contuvo. Si lo hacía, no sólo se pondría en peligro a ella, sino también a Patrick.

—Por favor, por favor, no me mates... —suplicaba a gritos, tartamudeando por el pánico que recorría sus venas.

El cazador sonreía.

Les se percató de que no debía de tener más de dieciséis años; tan solo era un crío. ¿Por qué estaban haciendo aquello? ¡Era una locura!

—Por favor, no me mates... Tengo otros dos hijos y...

El cazador disparó el rifle en la frente de la chica ardilla.

Les no pudo evitar un grito de horror que, indudablemente, captó la

atención del cazador. Ya no quedaba nadie corriendo sin rumbo por el centro. Todo el mundo se había escondido y guardaba silencio, esperando a que el tiempo transcurriera con rapidez y que alguien interviniera en su rescate. El cazador lanzó una mirada hacia Les, aunque no la vio. Había agachado la tela de la lona lo suficientemente rápido como para camuflarse de nuevo. Intentó relajarse y mantener la respiración en calma, pero estaba tan asustada que sentía que se asfixiaba.

Miró a Patrick. Sus ojos también estaban acuosos y parecía tan atemorizado como su tía. Lo estrechó con más fuerza contra ella y ambos se mantuvieron inmóviles. No le explicó a Patrick que el peligro se acercaba hacia ellos, pero tuvo la sensación de que no era necesario. Sentía que Patrick, de algún modo, podía percibirlo.

Levantó levemente la lona. Las botas militares que atisbó caminaban directamente en dirección al lugar en el que se encontraban escondidos. Se preguntó si debía rezar a algún dios para suplicarle que les salvase la vida, pero entonces recordó a la chica ardilla. De poco le había servido suplicar clemencia a una deidad. Cerró los ojos y pensó en Darren. Cualquier cosa con tal de distraerse. Se dijo a sí misma que, si conseguía abandonar aquel pabellón con vida, no volvería a pedirle que abandonase los SWAT. Fue consciente, quizás por primera vez en todos aquellos años, que la labor de Darren era más importante, incluso, que la de un médico.

—Tía Les...

—Sssh... —murmuró, tapándole la boca con la mano.

Patrick asintió, haciéndole ver que lo comprendía; tenía que guardar silencio.

Levantó levemente la lona con un nudo en el estómago. Las botas estaban, prácticamente, sobre ellos. “Es el final”, pensó Les, procurando no moverse.

Era imposible; por mucho que intentase estar quieta, su cuerpo temblaba.

No podía controlarlo. Las manos, las piernas... Había perdido el control de sus extremidades. Escuchaba su corazón latir con tantísima fuerza que estuvo segura de que el cazador también sería capaz de escucharlo.

—¿Dónde se han metido los animalitos...? —canturreó el asesino.

Les sintió que el vello se le erizaba; tenía la piel de gallina.

Escuchó el sonido seco de las botas, chocando contra el suelo. Aproximándose a ellos. “Pum, pum, pum...”. Cada vez estaba más cerca hasta que...

Los dedos de su mano crujieron cuando el zapato cayó sobre ellos. Un dolor agónico se extendió por su sistema nervioso, pero no gritó. Se mordió el labio con fuerza y, con el otro brazo, procuró inmovilizar a Patrick. Si les descubría, si alguno de los dos liberaba un sonido que los delatase, entonces su pequeño sobrino moriría. La bota que aprisionaba sus dedos se levantó y se dejó caer sobre la lona, muy cerca de donde ellos tenían sus cabezas.

Se quedaron de aquella manera varios minutos. No tenían una noción real del tiempo, pero Les sentía que cada segundo en aquel infierno era una eternidad.

Cuando se sintió lo suficientemente a salvo, volvió a levantar la lona para echar un vistazo. El cazador se había alejado varios metros y charlaba con otro de ellos en voz baja. Susurraban para que nadie más pudiera escucharles.

Miró a Patrick. El pobre niño estaba empapado de arriba abajo por su propio sudor. Les lo miró muy fijamente y dibujó una tierna sonrisa en su rostro.

—To, do... sal, drá... bi, en... —vocalizó, procurando parecer segura de sí misma.

Patrick, sin decir nada, asintió.

18

Edna observaba con horror las pantallas de retransmisión. Los informáticos estaban haciendo todo lo posible por inhabilitar el canal de Youtube de los sujetos, pero al parecer, era más complicado de lo que parecía. Necesitaban conseguir los permisos necesarios en tiempo record.

—¡Se ha jodido! —gritó Taylor, irrumpiendo en el interior con el rostro repleto de frustración—. ¡Ya han filtrado la información!

Edna parpadeó, sin comprender a qué se refería.

—¿Qué ocurre, capitana? —inquirió, asustada.

—El número de visitas a la página está aumentando, capitana Taylor... —anunció Joshua, el informático del FBI—, ya cuentan con más de un millón de espectadores.

—Joder...

Edna se llevó las manos a la cabeza. Aquello tan sólo podía significar una cosa; alguno de los suyos se había ido de la lengua.

—La prensa lo está contando en todos los noticiarios. Esto es una auténtica pesadilla... —murmuró Taylor, con la cabeza a mil por hora. Estaba tan frustrada que sentía deseos de echarse a llorar—. ¡Joder! —exclamó, justo antes de propinarle un puñetazo a la pared—. ¿No se dan cuenta de lo que están haciendo?

Joshua clavó la mirada en el contador digital. Las visitas subían a una

velocidad vertiginosa.

—Señora —susurró, preocupado—, si los SWAT no se dan prisa...

—Los SWAT están a punto de entrar —explicó, pegándose a la pantalla—. ¿Qué hace?

Tanto Edna como Joshua desviaron la atención al punto que la capitana señalaba. Uno de los cazadores estaba en el mando de control de una atracción. Desde su visión se podía observar cómo iba pulsando botones y haciendo girar la noria.

—¿Qué demonios hace? —repitió Taylor, confusa—. Activa el sonido.

Edna se apresuró a obedecer.

Lo había anulado para dejar de escuchar la voz de Darking contabilizando macabramente los puntos de los cazadores. La locura era tan macabra que ni siquiera ella había sido capaz de soportarlo.

—Los pajaritos se van a caer de su nidito... —decía el cazador, moviendo la noria—..., los pajaritos...

La visión ascendió hasta lo más alto y, a pesar de la distancia, los presentes pudieron atisbar que una de las cabinas se movía.

—¿Qué cojones...? —inquirió Edna, trastornada—. Hay alguien dentro de esa cabina —señaló, confusa.

—¿Por qué los ha subido ahí arriba?

—No tiene sentido... —murmuró Joshua, justo antes de que la voz de Darking resonase de nuevo por los altavoces del pabellón.

—¡Enigma, Titanius te ha preparado un regalito! ¡Ya son tuyos!

Edna sintió que el corazón se le aceleraba.

En lo que llevaba allí sentada, ya había visto demasiadas muertes. Muchas, muchísimas.

Los presentes desviaron la mirada hacia la cámara desde la que Enigma retransmitía al canal.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Edna.

Enigma, o mejor dicho, Chase, se encontraba subido en una atracción contigua a la noria. Desde su visión, podía verse que prácticamente había quedado elevado a la misma altura que la cabina en la que los civiles estaban escondidos.

—Va a dispararles... —anunció Taylor, un segundo antes de que Chase apretase el gatillo.

El impacto de la bala hizo que la cabina se balancease. Los gritos de las personas que se hallaban allí, escondidas resonaron en el centro de operaciones móviles.

—Se divierten torturándoles... —señaló Edna, horrorizada.

La cabina continuó moviéndose hasta que, unos instantes después, una cabeza se asomó desde su interior. Era un hombre de mediana edad con un disfraz verdoso de loro que, desesperado, intentaba encontrar el origen de los disparos. No tuvo tiempo a inspeccionar demasiado pues la siguiente bala voló en su dirección. Su cuerpo, inerte, cayó de la cabina mientras los gritos sordos de una mujer que también aguardaba en el interior de la atracción sonaban de fondo. La cámara de Titanius, al que ya habían identificado como Ronnie, mostraba cómo había quedado el cuerpo del hombre tras quedar aplastado contra el suelo.

—Joder... —murmuró Taylor—. Hay que pararles ya o no saldrá nadie con vida.

Justo en ese instante, una bala de Chase atravesaba la garganta de la mujer.

—¡Aniquilados! ¡Les he dado! —gritaba con euforia a través del micrófono.

—Apagad el sonido —suplicó Taylor—. Y mantenerme informada. Voy a comprobar cómo van los equipos tácticos y a prepararlo todo —explicó—,

mientras tanto, buscad a los padres de Chase Anderson. Puede que consigan hacer entrar en razón a su hijo.

Edna obedeció sin dudar justo antes de volver a centrar su atención en la pantalla de Titanius. Volvía hacer girar la noria, poniéndola en marcha.

Titanius contempló cómo la atracción giraba con una leve musiquita de fondo. Saltó a la plataforma y esperó con paciencia a que la cabina tiroteada pasase por delante de él para asegurarse de que la mujer había caído. Tan sólo pudo verla un segundo, pero fue más que suficiente para mostrar a sus espectadores el cuerpo aniquilado de la mujer pájaro. Lo que Titanius no sabía, era que aquella madre había protegido con su vida a su hija. La pequeña contuvo el aliento, asustada, mientras esperaba a que su madre volviera a ponerse en pie. Tenía que despertarse. Su mamá no podía quedarse durmiendo para siempre... ¿verdad? Aunque sentía su cuerpo pesado sobre ella, no se movió. Su mamá le había dicho que se quedase allí metida, muy quieta, mientras ella dormía... Así que tenía que obedecer a su mamá.

Los SWAT ya estaban listos para irrumpir en el interior. Desde las pantallas, habían podido ver que el número de muertos era catastrófico. Los supervivientes que quedaban estaban escondidos esperando un rescate y cada segundo que pasaba, era vital para ellos. Darren sentía unas extrañas cosquillas recorriendo su estómago y la ansiedad apretando su pecho. Sabía que debía de contenerse y mantener la calma pero cada vez que pensaba en su mujer su pulso se le disparaba a cien por hora.

—¡Entramos! —gritó Jefferson, haciéndose a un lado para volar la trampilla del tejado.

Las órdenes eran claras y cada uno sabía cuál era su misión. Lo primero de todo, era cortar la retransmisión que estaba realizando Tyco Smart. Aquel

sería el primer paso para que la masacre dejase de retransmitirse en la red. Una vez cortasen la imagen de las cámaras, darían caza a los cazadores y pondrían a los rehenes a salvo.

El incendio había complicado la situación mucho más de lo previsto y los equipos sanitarios se encontraban totalmente saturados. Habían solicitado varias ambulancias y un helicóptero esperaba para transportar a los heridos de mayor gravedad al hospital más cercano. Darren sabía que la cifra de fallecidos por las llamas era, en aquellos instantes, de más de cincuenta. Trescientas personas se encontraban desaparecidas. Mientras tanto, en aquel pabellón los muertos ya superaban con creces la suma de dichas cifras. La mayor masacre de Los Ángeles tenía lugar mientras el incendio más devastador de la historia sucedía en el extremo opuesto.

Comenzaron a descender por la cuerda hasta la base de forma sigilosa. En la segunda planta encontrarían a Tyco Smart frente a los ordenadores. Y después, Darren supo de inmediato cuál sería su misión; encontrar a su familia antes de que aquellos psicópatas dieran con ella.

19

Les elevó la lona levemente y echó un vistazo al exterior.

Aquella zona del pabellón parecía sumida en una calma total. Se preguntó cuántas personas estarían escondidas alrededor de ellos, sufriendo el miedo en total silencio mientras rezaban en su interior porque el rescate no tardase más. Seguramente, muchas, muchísimas.

Desvió la mirada hacia la noria. Era la única atracción que estaba encendida. Los asesinos ni siquiera se habían molestado en apagarla después de acribillar a aquellas dos personas. Les lo había visto todo, aunque había tenido que apartar la mirada mientras el hombre se desplomaba desde el alto de la cabina.

La música de fondo y la noria girando dotaban al ambiente de un aire todavía más tétrico. El escenario parecía haberse sacado de una película de terror.

—Tía... —murmuró Patrick, tiritando.

Les no sabía si era por frío o por miedo, pero supuso que ambas cosas podrían apaciguarse estrechándolo entre sus brazos. Estaba a punto de dejar caer la lona cuando la vio.

—No puede ser... —murmuró, abriendo los ojos como platos.

No era posible.

Era una niña pequeña. Estaba subida en una de las cabinas de la noria, llorando desconsoladamente mientras llamaba a su mamá.

Miró a Patrick y, después, volvió a centrar su atención en la pequeña. Debía tener una edad bastante similar a la de su sobrino, quizás incluso, un par de años menor. Su llanto se escuchaba con claridad, aunque ningún cazador parecía haberse percatado de su presencia. Al menos, por aquel entonces. ¿Cuánto tardarían en descubrir que la pequeña seguía viva?

Les atisbó, entonces, otra cabeza que se asomaba desde el interior de la atracción del grillo. Era una mujer que, atraída por el llanto de la niña, también había abandonado su escondite para examinar el exterior. Aunque, evidentemente, no tardó en regresar. Aquella niñita no era su problema.

¿Qué clase de persona era si dejaba morir a la niña? Tenía tanto miedo que casi no podía ni respirar, pero sabía que si volvía a cerrar la lona e ignoraba esos llantos, jamás se lo perdonaría.

—Tía Les... —volvió a murmurar Patrick, con los ojos empañados por las lágrimas.

Rescatar a la niña pondría en peligro a su sobrino.

Les sintió cómo aquel debate interno era demasiado para ella y decidió, entonces, que tenía que intentarlo independientemente del precio a pagar. Si ella resultaba acribillada, esperaba que algún alma caritativa se apiadase de su sobrino y decidiera protegerle.

—Qué, da, te... aquí. —vocalizó muy despacio.

Patrick abrió los ojos tanto que Les pensó que se le iban a escapar de las cuencas. Parecía totalmente atemorizado.

—No... —susurró, justo antes de gritar—. ¡NO!

Leslie sintió cómo la cabeza estaba a punto de estallarle. Tapó la boca del pequeño con la mano para que no continuase gritando y, sin pensárselo dos

veces, lanzó una mirada al exterior para asegurarse de que los cazadores no anduvieran cerca. Tiró de la lona con fuerza y levantó a Patrick antes de sujetarlo por la mano.

No necesitó explicarle qué debía hacer. Patrick, sin esperar ninguna orden, echó a correr. Les intentaba protegerle con su propio cuerpo por si algún tirador se encontraba en las proximidades. La noria no estaba lejos, pero había la suficiente distancia como para que las cosas se torcieran en cualquier instante.

Alzó la mirada hacia la niña. Podía ver el terror en su mirada mientras lloraba desconsolada. Las cabinas estaban a punto de dar una vuelta completa, así que tenía unos segundos para llegar hasta allí y sacarla de la cabina.

Soltó la mano de Patrick y, sin mirar atrás, saltó a la plataforma. Su mente estaba totalmente paralizada por el miedo, pero su cuerpo actuaba de forma automática, como si lo hubieran programado para comportarse así. La pequeña, asustada, la miró boquiabierta. Era evidente que no sabía si Leslie pertenecía a los malos o a los buenos. Les se abalanzó sobre la cabina y, sin meditarlo, atrapó a la pequeña entre sus brazos antes de que la cabina pasase de largo. La pequeña pateó, resistiéndose, hasta que Les acarició su espalda de forma delicada.

—No voy a hacerte daño —susurró con la voz quebrada.

Miró a Patrick. Estaba esperando bajo la plataforma.

Les no pasó por alto el surco que se le había formado en las piernas; se había hecho pis encima. Se sintió mal consigo misma por no haberlo podido proteger mejor. Y entonces..., todo sucedió muy rápido. Un disparo resonó en el pabellón, haciéndose eco en todas las esquinas. No supo de dónde provenía o si estaba dirigido a ellos, pero no se quedó quieta para averiguarlo. Había visto con sus propios ojos lo que sucedía cuando las personas se quedaban paralizadas por el miedo; morían. Todas terminaban muertas.

Con la niña aupada en brazos, corrió hasta Patrick y tiró de él, sujetándolo con un brazo. Entonces, lo vio. Estaba quieto sobre la lona que, anteriormente, había servido para camuflarles del exterior. El cazador sonreía de manera macabra con el rifle en sus manos, a punto de probar un nuevo disparo. Los había visto.

Les pensó con rapidez; si corría por la zona abierta, sería más sencillo que acertase en el tiro. Se infiltró entre las atracciones procurando pasar desapercibida, pero sabiendo que aquel hombre no dejaría de perseguirles hasta verlos muertos. La niña y Patrick lloraban, pero lo hacían de una forma silenciosa. No hacía falta explicarles que, si hacían ruido, les dispararían.

—¡Joder! ¡No puede ser! —exclamó Edna, con la vista clavada en la pantalla.

Esa no podía ser la mujer de Darren... ¿O sí?

Miró muy fijamente a la pantalla. Se habían escondido entre las atracciones, de manera que habían desaparecido del campo de visión del cazador. Pero el propietario de la cámara retransmisora ya se encontraba girando lentamente para darles caza. Si no abandonaban su escondite y se perdían entre los stands, terminarían muertos.

—No puede ser...

—¿Qué ocurre? —inquirió Joshua, colocándose tras su compañera.

—Esa mujer —dijo, señalando la imagen congelada que mostraba el rostro de Leslie—. Es la mujer de mi sargento.

Por fin comprendía por qué Darren había dejado el hospital a pesar de sus heridas. No tenía sentido que estuviera allí jugándose la vida, a no ser que, efectivamente, fuera Leslie la chica que estaba en peligro.

El teléfono de Joshua comenzó a sonar. Descolgó y, tras intercambiar unas pocas palabras, sonrió.

—Tenemos los códigos y los permisos para cortar la retransmisión —
anunció, abalanzándose sobre su teclado sin esperar un solo instante—. Se les
ha terminado el juego.

20

Tyco Smart no entendía qué era lo que sucedía.

La conexión a Youtube, por alguna razón incomprensible, se había cortado. Dejó de lado las pantallas unos instantes para intentar solucionar el problema a través de su teléfono móvil, pero no obtuvo éxito.

—¿Qué ocurre, Darking? —inquirió Enigma.

Tenía que solucionar aquel incidente o Chase se pondría como un loco.

—Hemos perdido la conexión con Youtube, pero estoy solucionando el problema —mintió, retransmitiéndoles el mensaje a sus tres compañeros.

—¿Por qué hemos perdido la conexión? —quiso saber Erwan.

Chase carraspeó, irritado.

—¡Ni una caza más hasta que no retomemos la visibilidad! —ordenó, dejando atrás las atracciones mientras sonreía de forma macabra.

Había visto a la tigresa con los dos cachorros corriendo en dirección a la sala de descanso. Una vez estuvieran encerrados allí adentro, no tendrían escapatoria posible. Los vio irrumpir en la sala, cuyas paredes eran enormes cristaleras, y correr hasta el final. Chase supuso que la habitación del fondo estaría habilitada como otra aula de descanso o, quizás, como servicios. Daba igual; fuera lo que fuese, de ahí no tendría escapatoria posible.

Pero tenían que esperar hasta recuperar la conexión; si el resto del mundo no podía verles, entonces, ¿qué sentido tenía aquello? Chase estaba dispuesto a demostrarle al mundo entero quién era él. Quizás sus padres no habían sabido verlo, pero una vez finalizase el juego, todo el mundo recordaría su nombre. Pasaría a la historia.

Caminó hasta la sala de descanso. Colocó el cañón del rifle sobre la cristalera y fue paseándolo hasta la puerta, provocando un chillido enfermizo por el roce contra el cristal. Pasó al interior y, divertido, anunció su presencia.

—¡Os habéis metido en la boca del lobo! —exclamó con socarronería, justo en el instante en el que la visión de sus cámaras se apagaba.

—¡ENIGMA! —la voz histérica de Tyco llegaba a través del auricular—. No entiendo qué es lo que ocurre... ¡No veo nada!

—¿Has perdido las cámaras de Warrior y Titanius? —inquirió.

—He perdido todas las conexiones.

—Reiniciaré mis gafas —explicó Warrior, procediendo a apagarlas y encenderlas.

Tyco no era estúpido.

Sabía que poco importaba que apagase y encendiese la cámara; el problema no era ése. Les habían cogido. Que la policía hubiera interferido en las retransmisiones era la única explicación posible. Todo cobró sentido cuando, unos segundos después, la puerta de la sala de cámaras fue derribada por los SWAT. Tyco sujetó el micrófono y, en el último segundo, retransmitió una última palabra con un grito desesperado: “Rojo”. Era la palabra clave que habían pactado decir si la policía lograba atrapar a uno de ellos.

No tuvo tiempo a nada más antes de ser derribado. Su cuerpo sin vida se desplomó de la silla mientras Jefferson se apresuraba a inhabilitar los micrófonos del resto de los sujetos.

—¡Teniente! —musitó Edna a través del pinganillo—. Tres civiles se encuentran en una situación de alto riesgo en el ala noreste del pabellón, en sala tres de descanso. El sujeto los tiene prisioneros, el rescate es prioritario. Dos niños y una mujer.

Edna también había perdido la visión, así que ahora todo quedaba en manos de sus compañeros. No había podido explicar que, la persona que se encontraba en peligro, era la mujer de su sargento. Hacerlo habría puesto en riesgo la integridad de toda la misión.

Todos los SWAT recibieron alto y claro el mensaje. Dispersándose, parte del equipo táctico se dirigió en busca de los civiles. El resto se separaron, esperando cubrir buena parte de la superficie y terminar con aquella locura con la mayor brevedad posible.

Leslie estaba atemorizada.

Se apresuró a cerrar con pestillo la sala de lactancia, aunque sabía que reventar el cerrojo a tiros no sería demasiado complicado para el cazador. Los dos niños, asustados, estaban sentados en el suelo mientras Les se preguntaba cómo demonios podía esconderles. El cazador les había visto entrar a los tres, así que no importaba si los escondía detrás del lavabo o del mueble cambiador; los buscaría. Daría con ellos después de matarla primero a ella.

Escuchó dos golpes secos contra la puerta.

—¿Os habéis encerrado? —canturreó el cazador, haciendo notar su presencia.

Ya está.

Estaban perdidos.

Miró a la pequeña de tirabuzones dorados; iba disfrazada de pajarito. Pensó que, después de todo, había merecido la pena intentar salvarle la vida. Aunque hacerlo le hubiese costado la de su pequeño sobrino. La desesperación comenzaba a bloquearla cuando, de pronto, su mirada se clavó

en la rejilla del sistema de ventilación. Sin pensárselo dos veces más, se apresuró hasta ella para soltarla.

—Sssh... No hagáis ruido —suplicó a los pequeños mientras los golpes del cazador contra la puerta se acentuaban más.

Leslie retiró la rejilla con las manos temblorosas y les indicó a los niños que se acercasen a ella.

—Os vais a esconder ahí adentro —dijo, señalando el interior—. No hagáis ruido, no gritéis y no salgáis. ¿Me habéis entendido?

La niña movió la cabeza en señal afirmativa, pero Patrick tan sólo la observó con el rostro repleto de confusión. Les comprendió que había hablado demasiado rápido y que no llevaba sus audífonos puestos. Daba igual. No podía perder más tiempo.

Agarró a su sobrino y, con el corazón a mil por hora y la visión borrosa por las lágrimas, lo introdujo en el interior. Después hizo lo mismo con la niña.

Antes de cerrar el agujero con la rejilla, miró a Patrick a los ojos. Intentaba transmitirle lo mucho que lo amaba, pero dudaba que su mirada pudiera expresar alguna otra cosa que temor. Cerró la rejilla. Las manos le temblaban aún más que antes cuando, aterrada, se acuclilló en una esquina de la habitación. Cerró los ojos con fuerza mientras los golpes del cazador contra la puerta la inmovilizaban por el miedo.

Chase los vio a través de la cristalera.

Los SWAT avanzaban, directamente, en su dirección. “No”, pensó, “esto no puede terminar así”.

El juego no había terminado. No podía permitir que lo matasen sin antes terminar con su misión. ¿Cómo demonios iban a respetarle si no era capaz de hacer las cosas bien? Sintió rabia. Mucha rabia, mientras los nerviosos se hacían con el control de su cuerpo. No podía perder más tiempo. Aquella era

su gran oportunidad en la vida; su momento para hacer historia. Disparó a la cerradura, provocando un estruendo ensordecedor. Tiró el rifle en una esquina y, después, con la pistola en la mano, entró en la sala.

Rebuscó en todas las esquinas procurando dar con los cachorros, pero ella debía de haberlos escondido en alguna parte. Solamente estaba ella, así que tendría que conformarse.

Caminó hacia ella con rapidez. Ya no conservaba su calma habitual porque, los cabrones de ahí fuera estaban a punto de estropearlo todo. Todo. La chica temblaba en la esquina, arrodillada, con los ojos cerrados. Chose la agarró por el pelo y tiró de ella para que se levantase, arrastrándola por el suelo.

—Camina o te vuelo la cabeza —amenazó, a pesar de que la necesitaba con vida.

Era la única manera de echarles del pabellón. No podían estropearles el juego o nada tendría sentido. Leslie, temblorosa, asintió y obedeció. Sabía que si hacía lo que él quería acabaría muerta; pero si no hacía lo que quería el resultado sería exactamente el mismo. Pensó que, quizás, con un poco de suerte lograría desviar la atención de los niños y alejar al cazador de aquella habitación. La arrastró hasta la sala de descanso, donde la cristalera les separaba del parque de atracciones. Les tardó unos segundos de más en percatarse de que el juego había terminado. Los SWAT estaban allí.

Darren se quedó helado.

La vio a través de la cristalera mientras el sujeto la apuntaba con un arma; la tenía de rehén. Sus ojos le dejaron helado y lo único que su mente fue capaz de procesar era que tenía que salvarla. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando fue consciente de la gravedad de la situación. Él no pensaba soltar a Leslie y ellos no pensaban dejarle escapar. Intentó encontrar un punto claro para derribarlo.

—¡Que nadie dispare! —gritó Jefferson, aunque tan solo clavó la mirada en Darren.

Sabía que, en aquellos instantes, que él estuviera presente podía complicar la situación.

Leslie sonrió cuando su mirada se tropezó con la de su marido. El miedo que había sentido hasta aquel instante se esfumó de inmediato y pensó que, si iba a morir, prefería hacerlo así. Con él. Ya no se sentía sola, ni perdida. Además, sabía que Darren rescataría a Patrick y a la niña; lo que suponía un verdadero alivio.

—Te..., qui, e, ro —vocalizó sin decir nada, al igual que hacía cuando Patrick no tenía los audífonos puestos.

Chase apretó los puños con rabia y, en aquel instante, fue consciente de que aquellos cabrones se lo habían estropeado todo. Seguramente, sus tres compañeros ya estarían muertos y el juego había quedado en suspensión. Si iba a morir, pensaba llevarse por delante todas las vidas que pudiera.

Todo sucedió muy rápido. Darren disparó primero, Chase lo hizo después, mientras caía al suelo, justo antes de que su corazón se detuviera para siempre.

El SWAT corrió hasta la puerta con el resto de sus compañeros y se aproximó a su mujer con el corazón desbocado. El disparo le había dado en el estómago y perdía muchísima sangre.

—Cariño, ya estoy aquí... —murmuró con el corazón en un puño.

La sujetó con fuerza, envolviéndola con sus brazos, mientras escuchaba a Jefferson solicitar un equipo médico de inmediato. Procuró contener las lágrimas para no asustarla.

—Lo siento... —susurró ella con la voz débil—. Si muero...

—No vas a morirte —interrumpió Darren sin dejarla continuar—. ¿Me oyes? ¡No vas a morirte! ¡No voy a perderte otra vez!

No podía perderla. A ella, no.

El equipo médico apareció de inmediato.

Le arrebataron a Les de sus brazos para tumbarla en una camilla. Darren, consternado, observaba cómo taponaban la herida cuando la voz de Patrick captó su atención.

—¡Tío Darren! —gritó el pequeño, corriendo a sus brazos.

Abrazó al niño con fuerza mientras se deshacía en un mar de lágrimas y pensaba que, a fin de cuentas, Leslie había sido muy valiente protegiéndolo así.

21

—Vete a casa —murmuró Darren con los ojos rojos de tanto llorar.

Abie negó rotundamente.

—No voy a irme a ninguna parte. Es mi hermana.

Estaban en la sala de espera del hospital.

Patrick, sentado sobre el regazo de su madre, dormía plácidamente ajeno a todo. Para él, el peligro ya había quedado atrás.

—Necesita descansar —aseguró Darren, señalando al niño.

Abie, simplemente, negó con la cabeza.

No pensaba marcharse a ninguna parte.

Leslie continuaba en el quirófano.

Llevaba allí metida más de diez horas, lo que provocaba que los nervios de Darren y Abie aumentasen aún más. En la televisión de la sala de espera, hablaban de la masacre del parque infantil. El incendio había quedado en un segundo plano. Los medios de comunicación reproducían de forma morbosa y poco profesional las imágenes de Youtube con un simple mensaje que advertía a los espectadores de que el contenido podía herir la sensibilidad de los espectadores. Estaban retransmitiendo las muertes de aquellas personas sin ser conscientes de que, las familias de las víctimas, estarían delante de los

televisores en aquellos instantes. Estaban haciendo, exactamente, lo que aquellos psicópatas habían deseado y esperado.

Darren apretó los puños, rabioso. En aquellos instantes, un programa de tertulia debatía sobre la facilidad que tenían los ciudadanos para poder adquirir armas. Los conservadores discutían el asunto entre gritos, señalando que un hombre tenía derecho a proteger a su familia y sus propiedades. La presentadora, que era una joven vestida con una minifalda, anunciaba que pasarían al descanso y que después tratarían el tema de la violencia en los videojuegos y en internet. Todo resultaba demasiado irónico.

—No quiero ver estas tonterías —señaló Darren, levantándose de la silla.

No le importaba si la culpa la tenía la televisión, la violencia de los videojuegos o el mismo gobierno. No le importaba si la chica de la minifalda que se exhibía como un trozo de carnaza regresaba en un primer plano o no. Lo único que le importaba era si Leslie salía viva de aquel quirófano.

—Aún no puedo sacarme de la cabeza el video de Les —musitó Abie con la voz ronca—. No puedo imaginar que ella... haya tenido que pasar por eso.

Darren tragó saliva.

Él también había visto las imágenes en las que Leslie corría hasta la noria para rescatar a la niña mientras el psicópata esperaba para dispararles. Aquella parte era una de las más retransmitidas en los telediarios porque no contaba con muertes y el contenido a mostrar era un poco menos violento que en las muertes explícitas.

—¿Familiares de Leslie Harris?

Abie saltó de la silla, despertando al pequeño Patrick en el acto. Lo sujetó con fuerza entre sus brazos y se acercó al doctor junto con su cuñado.

No quería que Patrick escuchase la noticia pero, en aquel instante, el niño era incapaz de separarse un solo centímetro de su madre y ella necesitaba

saber algo con urgencia. No podía aguantar más.

—Aunque la operación ha salido bien, ella ha perdido mucha sangre... Su estado es muy delicado. Aún no podemos saber si vivirá —explicó—. Siento la dureza de mis palabras pero no quiero que se hagan ilusiones.

—¿Cuándo podremos verla? —inquirió Abie con la voz temblorosa.

—Todavía es pronto. Les avisaremos cuando se despierte de la anestesia. Darren no dijo nada.

Les no podía morirse. Tenía que vivir.

Volvió a sentarse en las sillas de la sala de espera con el corazón en un puño. Abie se acercó a él y, sin decir nada, le pasó un brazo por encima.

—Todo va a salir bien... —aseguró, intentando calmar a su cuñado.

—¿Sabes una cosa que siempre me dice Leslie? —murmuró Darren en voz baja—. Dice que una cosa es mi personalidad y otra mi actitud, y que mi actitud varía según con la persona que esté.

—¿Y...?

—Ella siempre me dice que mi corazón es noble, pero que mi actitud hacia ella no. Que en el fondo sé que ella siempre está ahí y que por eso me importa tan poco su sufrimiento.

—Darren... —interrumpió Abie—, Leslie sabe lo mucho que la quieres. El SWAT, dolido, sacudió la cabeza.

—Ella se piensa que no me importan sus sentimientos y..., creo que quizás tenía su parte de razón. Sabía que ella nunca me dejaría. Sólo pensaba en mí mismo, Abie.

Darren hablaba con la mirada clavada en el televisor.

En el programa de tertulia ya habían vuelto del descanso y analizaban varios videojuegos. Hablaban de la responsabilidad de los padres sobre los niños y del control que deberían de tener en cuanto a las redes se refería.

—No digas tonterías. Deja de pensar en esas cosas.

—Si vive, no volveré a la unidad —aseguró, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Darren, dolido, pensó que durante demasiados años en su vida había priorizado mal las cosas importantes de su día a día. La noción del tiempo siempre había sido muy relativa para él. Había estado seguro de que aún les quedaba una vida entera por delante pero la realidad había sido otra muy diferente. El tiempo era efímero y podía ser fugaz. Cada segundo que se quedaba atrás era tan importante como el presente. En aquellos instantes, mientras esperaba las noticias del doctor, Darren se hizo muchas promesas a sí mismo. Entre ellas había una en la que juraba que, si Leslie sobrevivía a aquello, jamás volvería a marcharse de su casa sin recordarle lo mucho que la amaba.

—Señor Harris —anunció una enfermera con una sonrisa de oreja a oreja—. Su mujer ha despertado. Pueden pasar a verla.

22

“Un tiempo después”

Leslie escuchaba el murmullo de las voces en la planta baja de la casa.

Ignorándolas, subió las escaleras costosamente y se sentó sobre la cama a descansar unos instantes. Como secuela al accidente del parque infantil, arrastraba algún que otro trauma difícil de dejar atrás. Por ejemplo; odiaba los sonidos fuertes que pudieran asemejarse a los disparos, de manera que no soportaba los petardos ni los fuegos artificiales. Odiaba los disfraces. Pensó que su pobre hija tendría que pagar aquella desgracia, pero en lo que le restaba de vida, no pensaba permitir que se pusiera un disfraz. La pequeña le propinó una fuerte patada y Les no pudo más que sonreír. Aún no había nacido y ya estaba discutiéndole.

Miró por la ventana. El exterior estaba tranquilo, lo que le agradaba. Otra de las cosas que no le gustaban eran las grandes superficies, como los centros comerciales. Hacer la compra en un supermercado se había transformado en un verdadero reto. Le llegaron más voces y tuvo que esforzarse por no hacerles caso para evitar la ansiedad.

Tarde o temprano tendría que volver a bajar a la primera planta, pero pensó que podía permitirse unos minutos más de paz antes de enfrentarse a su hermana y a sus amigas. Sujetó su teléfono móvil y se percató de que

parpadeaba. Tenía un mensaje en su buzón de voz. Pulsó el botón de reproducir y escuchó la voz de Darren.

—Cariño, aún estoy en la cola del super. Al parecer, todo el mundo ha decidido hacer la compra de navidad hoy... Llegaré un poco tarde, pero dile a Abie que no se desespere —anunció entre las voces de la gente que tenía alrededor—. Te quiero. Te quiero mucho.

La voz del contestador le comunicó que no había más mensajes guardados.

—Hay un mensaje guardado. Si desea escucharlo, pulse la tecla almohadilla —dijo la robótica voz justo cuando Les se disponía a cortar.

De aquel mensaje había transcurrido, justamente, un año y aún no comprendía por qué lo había guardado.

La voz de Darren, explicándole que estaba en el hospital, resonó de fondo.

—Mi vida —decía, unos instantes después—, sé que el caos de mi vida es esa maldita partitura en la que escribo mi realidad y... lo único que tengo claro es que esa realidad eres tú. Lo dejo todo, Les. Sólo quiero que seas feliz y amarte. Nada más...

Una lágrima resbaló por su mejilla.

Sintió otra patada de su pequeña y, una vez más, sonrió mientras se acariciaba la barriga.

—Sí, es papá... —murmuró con ternura.

Un año.

Exactamente, un año desde que Darren pronunció aquellas palabras.

Pensó que casi parecía una macabra broma por parte de Abie haber organizado la "*baby party*" aquel día.

—No quiero que te quedes en casa pensando en todo aquel infierno —le dijo a modo de explicación—, así te mantendremos entretenida.

No le había quedado más remedio que aceptar, aunque sabía perfectamente que había sido una mala idea.

—¿Les? ¿Vas a bajar o qué?

Abie la escrutaba desde el umbral de la puerta con los brazos en jarras.

—¿Tengo que hacerlo? —respondió con un puchero.

No quería pagar con Abie la ansiedad de aquel día.

—Sí, venga, vam...

Pero no fue capaz de terminar la frase.

Abie, boquiabierta, observaba a su hermana con la mandíbula desencajada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Les, levantándose de la cama.

—Has roto aguas, Leslie... ¡La niña va a nacer!

Les se miró los pies. Tenía las zapatillas encharcadas.

—No... No puede nacer hoy... Hoy, no.

Abie sonrió.

—Pues parece que ella no está de acuerdo —murmuró Abie, sacando el teléfono para llamar a una ambulancia—. Puede que tu hija no esté dispuesta a que recuerdes esta fecha como la peor de tu vida, Les. Me parece que quiere que sea... su día especial.

Leslie se acarició la barriga, pensando que, después de todo, aquella masacre había dado un vuelco completo a su vida.

Darren observó la pantalla de su teléfono móvil. La señal de cobertura parpadeaba, indicándole que en el garaje no tenía una sola línea. La compra de navidad se le había alargado más de lo pensado, y aunque no le agradaba haber tenido que dejar a Leslie sola justo aquel día, pensó que, seguramente, ella lo habría querido así. Aquel año, los supermercados se habían convertido en un infierno para ella. Miró el reloj y comprobó que ya habían transcurrido

varias horas desde que le había mandado el mensaje, así que supuso que Les ya estaría completamente desesperada.

Comenzó a meter las compras en el maletero cuando vio a una berlina de color rojo aparcando en la zona de minusválidos. Se quedó mirando fijamente al conductor que, descaradamente, se bajó del coche y echó a caminar hacia la entrada. Era un crío; calculó que no tendría más de veinte años.

—¡Eh, amigo! —gritó, dejando la última bolsa en el maletero y echando a caminar hacia él—. ¿Puedes hacer el favor de mover tu coche?

El chico se quedó inmóvil.

Miró de reojo su coche y, después, escrutó al hombre que se dirigía a él.

—¿Por qué?

Darren suspiró.

Su alma de policía no le permitía observar aquellos abusos y pasar de largo.

—Porque has aparcado en la zona de minusválidos, tío. Vamos a ver si respetamos un poquito..., ¿eh?

El chico, finalmente, sonrió.

—No me rayes, tío... —musitó, girándose sobre sus propios talones.

—Te he pedido amablemente que muevas el coche. Lo siguiente será llamar a la grúa, ¿me entiendes?

El chico pestañeó, incrédulo.

—¿Eres policía, o qué?

Darren no respondió, simplemente sacó su placa.

Se quedó allí plantado con los brazos en jarras mientras observaba al chaval darse la vuelta y, de malas formas, dirigirse hacia su berlina.

Esperó hasta que se hubo marchado y, después, se dirigió a su vehículo, cerró el maletero y se puso en marcha. Tenía un nudo en el estómago mientras abandonaba el garaje subterráneo del supermercado. Hacía un año que Darren

había rescatado a Leslie del infierno que vivió en el parque infantil, pero también hacia un año desde su última misión en activo. Era evidente que echaba de menos formar parte de los SWAT. La acción. Sentirse útil. Pero ahora Les le necesitaba.

Llevaba un año de permiso, cuidando de ella y de la pequeña que venía en camino, y así seguiría hasta que su hija viera la luz. Después le esperaba un aburrido puesto en la oficina de recopilación de datos; pero, al fin y al cabo, aquella había sido su decisión. Después de la masacre, Les le confesó que comprendía su labor en los SWAT y que no pondría impedimentos si decidía quedarse en su unidad. Pero la situación había cambiado.

Sabía que, si él hubiera pasado más tiempo en casa ella no habría acudido al parque infantil. Al menos, no sola. Y si, aún con todas, ella y su sobrino habrían asistido, él lo habría sabido desde un principio. Darren tenía la sensación de que había fallado a la mujer que amaba y estaba dispuesto a cualquier cosa por remediarlo.

Miró la pantalla del teléfono; por fin tenía cobertura. La señal del buzón de voz le indicaba que tenía varios mensajes pendientes. Darren pulsó la tecla que reproducía el primero, pero tan sólo fue capaz de escuchar las primeras palabras antes de lanzar el móvil al asiento trasero y de acelerar a fondo. La niña venía de camino.

El hospital estaba tranquilo, justo lo contrario a Darren. Sentía el corazón acelerado y los nervios a flor de piel. Preguntó en recepción por su esposa y, la recepcionista, sonrió. Estaba acostumbrada a ver muchos padres hechos un mar de nervios, pero aquel era un caso aparte.

—Habitación doscientos uno —dijo, con una sonrisa.

—¿Habitación? —preguntó Darren, pero decidió no quedarse a escuchar la respuesta.

Se preguntó si no debería encontrarse en el paritorio.

Inconscientemente, la mente de Darren pensó en lo peor; ¿y si Les había perdido al bebé? Aún era pronto para que la niña naciera, todavía le quedaban varias semanas de embarazo. Además, aquella fecha en el calendario tenía una mancha negra que arrastrarían toda su vida. Rezó por estar equivocado, pues no se imaginaba cómo podrían superar otra desgracia así.

Con la mano temblorosa, tiró del picaporte y caminó un paso al interior. No se escuchaba el llanto de ningún bebé, ni las risas de la madre. Darren esquivó la columna pensando que su corazón se encontraba a punto de estallar, poniéndose en el peor de casos.

—¿Les? —inquirió con la voz temblorosa.

—¡¡Shhh!! —protestó ella, sonriente.

Darren no pasó por alto el bulto que mecía en sus brazos. El rostro se le inundó de lágrimas, emocionado.

—Es... ¿Es mi hija?

Leslie asintió en silencio. La pequeña dormía plácidamente en los brazos de su madre.

Darren caminó hasta ellas. Primero besó a su mujer y, después, observó a su pequeña. Era lo más bonito que había visto jamás.

—Ha venido decidida a cambiarnos la vida, ¿verdad? —señaló Leslie, cuya sonrisa había quedado anclada.

Darren las envolvió con sus brazos, incapaz de controlar las lágrimas.

—Desde luego —aseguró—. Ha convertido el peor aniversario de nuestras vidas en el más bonito a recordar...

Algunos médicos tenían la convicción de que Leslie había dado a luz en aquella fecha por la ansiedad y el estrés. Aquellos sentimientos podían ser los causantes de que el parto se le hubiera adelantado esas dos semanas, decían. Pero ellos sabían que no. Melany había llegado al mundo para cambiarlo. Para hacerlo mejor.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti

Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector

Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

